
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
MIEDO EN LOS SARGAZOS
CURTIS GARLAND

Me será difícil siempre olvidar aquel día en que encontré al Mary Jane.

Muy difícil, para ser sinceros. Creo que desde un principio tuve la seguridad, el pálpito inmediato de que me encontraba ante algo fuera de lo normal. Quizá, quizá, volviendo la vista atrás y recordando aquellos momentos, podría afirmar, sin miedo a equivocarme, que presentí de un modo puramente intuitivo y sin base sólida por el momento, la presencia de un misterio, la proximidad inquietante de algo que no era siquiera de este mundo.



Curtis Garland

Miedo en los Sargazos

Bolsilibros: Selección Terror - 115

ePub r1.1
xico_weno 31.08.16

Título original: *Miedo en los Sargazos*
Curtis Garland, 1975
Ilustraciones: Desilo

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2





SELECCION
TERROR

Mar de los Sargazos: Región marítima, en el océano Atlántico, al sudeste de las Bermudas. Se caracteriza por las masas oscuras de algas marinas que flotan en él, especialmente las especies conocidas como Sargassum bacciferum, arrastradas desde los litorales hasta formar grandes núcleos virtualmente sólidos. El mar de los Sargazos fue descubierto por Cristóbal Colón, y durante largo tiempo ha gozado de una pésima reputación entre los supersticiosos marinos, que le atribuían una fuerza maligna que, inexorablemente, conduciría a la destrucción de cuantos se atrevieran a navegar por sus enormes masas de algas, hierbas marinas y musgos solidificados en la superficie atlántica.

((De la Enciclopedia Británica).

CAPÍTULO PRIMERO

EL MARY JANE

Me será difícil siempre olvidar aquel día en que encontré al Mary Jane.

Muy difícil, para ser sinceros. Creo que desde un principio tuve la seguridad, el pálpito inmediato de que me encontraba ante algo fuera de lo normal. Quizá, quizá, volviendo la vista atrás y recordando aquellos momentos, podría afirmar, sin miedo a equivocarme, que presentí de un modo puramente intuitivo y sin base sólida por el momento, la presencia de un misterio, la proximidad inquietante de algo que no era siquiera de este mundo.

Yo nunca había visto antes al Mary Jane. Y, de haberlo visto, tampoco hubiese advertido en él cosa notable alguna. Era un barco viejo y deslucido, uno más de los dedicados a la tarea mixta de carga y pasaje. No era un navío adecuado para largas travesías, por lo que, sin duda alguna, debió ser destinado habitualmente a tareas de cabotaje. Pero en esta ocasión, por alguna causa que yo ignoraba, el Mary Jane cubría un viaje bastante más largo, evidentemente entre Cabo Verde y las Bermudas.

Esto lo pensé debido al lugar en que fue hallado el viejo barco de casco recubierto de manchas de óxido, herrumbrosa chimenea y descuidada cubierta, con muestras ostensibles de abandono y suciedad.

Imaginé que sus pasajeros, pagando un pasaje muy reducido en aquel barco, no debían de exigir demasiado del mismo ni de sus instalaciones. Habitualmente, los pocos viajeros que admiten esos cargueros, comen un menú bastante parecido al de los oficiales de a bordo que, a su vez, no difiere en exceso del simple rancho de los marinos de inferior condición. Pero la ausencia de comodidades, los

angostos camarotes con fuerte olor a esmalte, la comida vulgar, aunque abundante, y la nula presencia de lujos, queda compensado por lo bajo de las tarifas a aplicar.

La primera impresión obvia era de que el Mary Jane iba a la deriva.

Y, además, estaba abandonado.

Ambas cosas me parecieron fuera de toda duda. Los mensajes que se transmitieron por radio, fueron estériles. Nadie respondió a ellos. Se le hicieron señales ópticas con un proyector, en sistema Morse, y se ondearon banderas del código marítimo. Todo inútil. El Mary Jane siguió tan mudo como si fuese un simple madero arrastrado por las corrientes atlánticas.

Cambié una mirada con el capitán del Dixie Lou. Le vi preocupado, con el ceño fruncido y la mirada pensativamente fija en el casco del viejo buque.

—Telegrafíe urgentemente a Hamilton, de las Bermudas, y a Pria, en Cabo Verde. Pida informes a las comandancias de Marina respectivas, sobre los datos referentes a la travesía del Mary Jane. Y envíe un radiograma a las autoridades marítimas de los Estados Unidos. El Mary Jane lleva bandera norteamericana.

—Sí, señor —afirmó el oficial del Dixie Lou, apresurándose a cumplir las instrucciones de su superior, perdiéndose en las angostas escaleras de acceso a la cabina radiotelegráfica de a bordo.

Nos quedamos solos en el puente. Miré hacia lo alto, contemplando las numerosas gaviotas que sobrevolaban por encima de nuestras cabezas, y en torno al Mary Jane, que flotaba casi inmóvil en el mar, movido tan sólo por la propia corriente, que le iba arrastrando en dirección sud-sudeste.

Extraños pájaros las gaviotas. Yo siempre he dicho que sobrevuelan los lugares tristes y solitarios. Por eso se las ve al caer la tarde en los litorales. Cuando ya no quedan bañistas ni paseantes en las playas. Cuando un barco lanza comida, resulta lógica su cohorte de aves hambrientas. Pero dudaba mucho de que el Mary Jane hubiera podido lanzar residuos alimenticios últimamente. Su apariencia de barco solitario era absoluta.

—Según el código del mar, si usted remolca ese barco a puerto, pasa a ser suyo, ¿no es cierto, capitán? —sugerí.

—Sí —se frotó el mentón—. Siempre que el capitán no esté a

bordo, enfermo o incapacitado. O muerto, en cuyo caso la naviera que representa sigue siendo legítima propietaria de ese barco. Pero no lo digo por eso. Personalmente, no tengo el menor interés en quedarme con ese desvencijado cascarón, señor Kirby. Y menos aún me seduce la idea de remolcarlo hasta puerto. Nuestro puerto de destino, Nassau, está muy lejos aún. Demasiado lejos para hacerme cargo de ese barco, aunque sospecho que habré de hacerlo, en evitación de posibles males, como una embestida en la noche, con cualquier barco que ignore la presencia de ese trasto, abandonado a su suerte.

—Podría remolcarlo hasta donde me espera a mí el Neptuno —sugerí—. Entonces, el capitán Carruthers decidiría sobre lo que se puede hacer.

—No es mala idea —me miró, reflexivo—. ¿Cree que el capitán Carruthers estará en disposición de hacerse cargo de algo así? Ustedes tienen un trabajo especial que cumplir en esa zona atlántica, señor Kirby. El Mary Jane, convertido en un lastre solitario, les creará más problemas que otra cosa. Y no creo que a la Marina Real le produzca una especial satisfacción ver incrementada su flota mercante con ese cacharro…

El comentario del capitán norteamericano me hizo reír. Ciertamente, al Almirantazgo le haría muy poca gracia tenerse que hacer cargo de aquel montón de chatarra oxidada y claveteada que aún quería aparentar lo que no era: un barco capaz de surcar los mares con cierta seguridad para sus tripulantes y pasajeros.

—Tiene toda la razón —asentí, riendo aún. Luego, me puse repentinamente serio, cuando observé el repentino vuelo de varias gaviotas que estuvieran un tiempo posadas en el puente y cubierta del Mary Jane y que, sin aparente causa justificada, levantaron su vuelo, entre agudos chillidos de alarma.

Agucé la mirada. El capitán Wallace tomó sus binoculares examinando toda la amplitud de la cubierta aten lamente… y terminó por sacudir la cabeza, perplejo, mirándome con extrañeza.

—No veo nada. Ni a nadie —dijo—. No sé lo que asustaría a esas gaviotas…, pero ellas no acostumbran a alarmarse por nada que no tenga vida…

—Tal vez ratas… —sugerí.

—Tal vez —se encogió de hombros—. ¿Sabe una cosa? Voy a

botar una lancha y subiré a bordo con un oficial y dos marineros. ¿Quiere usted venir con nosotros?

—Me encantaría esa excursión —asentí.

—¿De veras? Ése no es trabajo para un biólogo marino…

—Nunca se sabe —objeté—. Después de todo, ¿qué sabemos nosotros sobre lo que haya podido suceder a bordo de ese barco?

—Sí —resopló—. ¿Qué sabemos nosotros? Ésa es una buena respuesta, amigo mío. Y toda una sugerencia repleta de inquietantes posibilidades… Bien, señor Kirby. Vamos allá, y salgamos de dudas. Pero eso sí: iremos todos armados.

—¿Incluso yo?

—Incluso usted. Como ha dicho antes, no sabemos lo que pudo suceder ahí. Y, por tanto, tampoco tenemos la menor idea de lo que pueda esperarnos a bordo.

—No me gustan las armas —me encogí de hombros—. Pero si es una orden, capitán…

—Es una orden —asintió él, tajante.

Le seguí. Allá, frente a nosotros, sobre las aguas del Atlántico, seguía meciéndose, como un misterio flotante, el Mary Jane.

Poco más tarde, una lancha a motor arrancaba del costado del Dixie Lou para encaminarse a las proximidades del enigmático barco silencioso.

Lo que siguió, creo que es lo que, justamente, me impedirá olvidar por toda una vida aquel día en que me encontré con el Mary Jane, a pocos grados de latitud sobre el trópico de Cáncer, en pleno Atlántico.

Y, desde luego, muy cerca de lo que era mi destino en esos momentos: el barco de investigación Neptuno, de los Servicios de Estudios Marítimos de la Real Marina Británica, de los cuales era yo miembro como biólogo marino.

Aquel destino donde ahora estaría navegando el Neptuno, esperando mi llegada, eran los límites mismos del más misterioso sector del Atlántico: el mar de los Sargazos…

* * *

Chirriaban los metales oxidados a bordo del Mary Jane.

A cada oscilación del viejo barco, aquellos chirridos se estiraban, como si fuesen diez o doce ataúdes abriéndose simultáneamente.

Bajo nuestros pies, la madera crujía, tan vieja y gastada como el resto del casco flotante.

Los chirridos y chasquidos resultaban particularmente siniestros, en medio de aquel silencio. El suave oleaje golpeaba los flancos del barco, y la espuma rompía sobre las manchas cárdenas del metal oxidado, lamiendo luego éste como una baba salitrosa.

Nos miramos el capitán Wallace, su oficial segundo, el señor Baker, los dos marineros y yo. Todos íbamos armados. Ridículamente armados, pensé yo, contemplando los rifles en manos de los marineros, y las pistolas automáticas en poder del capitán, el oficial y yo mismo. El silencio y soledad en torno, parecían un contrasentido absoluto. Me pregunté si habría algo o alguien sobre quien disparar…

Miré a lo alto de nuevo. Las gaviotas chillaban, en vuelo rasante sobre el barco y su vetusta chimenea oxidada, de la que no brotaba humo siquiera. Más allá, la motonave del capitán Wallace, en vivo contraste, flotaba calmosamente, a la espera del resultado de nuestras pesquisas.

Seguían inquietas. Como si algo las asustara. Acaso éramos nosotros mismos. Pero yo seguía pensando que «algo», antes de nuestra llegada a bordo, alarmó a las aves marinas.

—Vamos dentro —dijo el capitán. Miró a uno de sus subordinados—. Quedaos aquí.

Nosotros tres descenderemos a los camarotes y máquinas. Si ocurre algo anormal, disparad al aire para avisarnos. Será suficiente. Si hubiera peligro cierto, no dudéis en disparar a dar, para salvar vuestro pellejo.

Asintieron los dos marinos, quedándose tranquilamente en cubierta, rifle en ristre. Seguí al capitán Wallace y al oficial Baker, preguntándome a qué venía tanto recelo y prevención por parte del veterano marino. Pero él conocía su oficio, y yo era solamente un investigador del mar, al margen de los humanos que lo recorríamos. Mi materia era desde la superficie hacia abajo. La de ellos, en sentido contrario.

Entramos en el Mary Jane. Giró un conmutador de luz el capitán, y en los pasillos brilló una claridad amarillenta. La luz era débil. Era fácil imaginar el motivo: las baterías de a bordo, a causa de la inmovilidad de las máquinas, estaban casi descargadas. El

oficial Baker venía bien provisto. Una lámpara en su mano, proyectó un ancho y fuerte haz luminoso ante nosotros. Vi correr bultos grisáceos, oscuros, a nuestros pies, por el maderamen crujiente y sucio del barco.

—Ratas —comentó con asco el capitán Wallace—. Esto parece indicar abandono…

—Huele mal —señaló el oficial Baker—. Como a algo putrefacto…

Me estremecí. Si había cadáveres a bordo, lo que encontráramos, tras ver a las ratas, no podía ser nada agradable. Pero el olor, aunque fétido, no me sugirió la proximidad de ningún cadáver en estado de putrefacción. Más bien de alimentos en mal estado, o cosa parecida. El hedor era agrio, realmente desagradable por su intensidad.

Hallamos la razón en un camarote abierto, situado inmediatamente a nuestra derecha. Sobre una mesa, varias ratas se movían en medio de alimentos fétidos, vasos de cerveza descompuesta y pan enmohecido. En platos de metal, una informe pasta verdosa y hedionda, había sido alguna vez comida apetitosa. Cubiertos y servilletas se veían por doquier. Era como si todo hubiera sido abandonado repentinamente, con prisas increíbles. Igual que si huyeran de un naufragio. Pero el Mary Jane no había naufragado. Allí estaba, a flote, y sin huellas en absoluto de posibles vías de agua o averías amenazadoras.

Ante nuestra presencia, las ratas huyeron asustadas, o exhibiendo sus feroces dientes, de modo amenazador por nuestro intrusismo en su vida a bordo. Los tres nos miramos. El capitán señaló las literas al fondo.

—Estaban comiendo o cenando cuando ocurrió lo que fuese —dijo—. Vea las literas, señor Kirby. Ni siquiera se deshicieron. Nadie llegó a acostarse. Podemos situar lo sucedido entre el almuerzo y la cena.

—La cena, diría yo —sentencié de pronto, mirando muy fijo a la mesa maloliente.

—¿Por qué supone eso? —El capitán me miró, sorprendido.

—Vea eso —dije, pensativo—. Podría significar algo, ¿no cree?

Miró lo que yo señalaba. También el oficial Baker, que se aproximó, soplando la espesa capa de polvo y moho que cubría el

libro abierto sobre la mesa. Sus hojas aparecían mordisqueadas rabiosamente por las ratas. Giró las tapas de piel negra, con letras doradas.

—La Biblia —dijo—. El Antiguo Testamento. Alguien leía mientras comía. Quizá en voz alta, para todos los presentes.

—Se hace a la hora de cenar, habitualmente —asentí—. Debían ser todos judíos. No veo sino el nombre del Antiguo Testamento, sobre la cubierta. Es el que leen los hebreos.

—Un grupo de tripulantes judíos, leían la Biblia antes de cenar —señaló Baker, pensativo—. De repente, sucedió algo. Y abandonaron todo, huyendo. O fueron obligados a ello.

—O les asesinaron —insinuó el capitán Wallace sombríamente.

—¿Asesinados? —dudé—. ¿Dónde están las señales de violencia, la sangre…?

Miraron ambos en derredor. Había migajas en el suelo, mezcladas con excrementos de rata. Migajas secas, verdosas, oscurecidas. Si hubieran derramado sangre, y ésta hubiera sido lavada, las migajas no estarían allí.

—Sigamos —sugirió Baker—. No parece haber motivos para pensar en asesinatos, capitán.

—Tal vez aquí mismo, no fueron muertos —suspiró el capitán del Dixie Lou, sombrío—. Pero esto no me gusta. La gente que acostumbra a navegar en barcos como el Mary Jane, no es pusilánime. Puede esperar cualquier cosa desagradable durante una travesía. Y no por ello se asusta fácilmente. Tuvo que ser algo realmente terrible lo que provocó su estampida. Y ya ven: a bordo, nada parece indicar un motivo tan alarmante.

—Estoy de acuerdo con usted, capitán —admití—. Pero ¿qué pudo ser, en tal caso?

Salimos del camarote misterioso. El siguiente, no aclaró nada. Más aún: puso las cosas en mayor oscuridad. Porque aquí, las literas sí estaban en desorden. Y no había comida en la mesa, ni huellas de ella por parte alguna.

—Si también huyeron de aquí, lo hicieron a otra hora diferente, acaso cuando dormían —señalé—. Esto no tiene mucho sentido, ¿verdad?

—No, no mucho —refunfuñó de mala gana el capitán Wallace.

Seguimos adelante. Otros dos camarotes de aquel corredor, nos

dejaron tan desorientados como antes. En ellos, todo estaba ordenado. Y tampoco vimos comida, salvo en un pote dejado sobre un estante, conteniendo galletas saladas y tasajo. Algunas rollizas ratas grises, de erizado vello, habían volcado el pote, mordisqueando aquellas viandas glotonamente. Huyeron al vernos, emitiendo chillidos agrios, y pude patear a una, cuando me pasó junto a la pierna, lanzándola, muerta, contra la pared. La miraron con asco mis compañeros de excursión.

—Las demás ya tienen mejor festín —comentó sombríamente el oficial Baker—. Bien, caballeros. Por el momento, el misterio sigue en pie. ¿Qué sucedió a bordo del Mary Jane?

No contestamos ninguno, por la sencilla razón de que lo ignorábamos por completo. El capitán Wallace tomó una brusca decisión:

—Veamos el camarote del capitán, la cabina del radiotelegrafista… y los camarotes reservados en cubierta a los pasajeros —dijo, dando media vuelta brusca—. No veo otra posibilidad de aclarar este asunto.

Nos encaminamos a la salida. Pisamos la cubierta. Nos detuvimos con sorpresa. Miramos en torno. Los marineros no estaban allí.

El capitán frunció el ceño, disgustado por lo que consideraba una desobediencia. Gritó, con voz potente:

—¡Eh, ustedes! ¡Vuelvan acá en seguida! ¡Es una orden de su capitán! ¿Es que están borrachos para haber dejado de cumplir mis instrucciones? ¡Vuelvan, marinos, pronto!

—¡Watkins, Mulder! —llamó el oficial Baker, ceñudo—. ¡Regresen inmediatamente!

Esperamos en vano. No oímos voz alguna. Ni pisada de nadie. Ni respuesta. Ni señal de vida. Los chirridos se repetían, monocordes. El oleaje producía un sonido extraño al lamer el casco del viejo barco. Era todo lo que podíamos oír.

—Maldita sea… —refunfuñó Wallace—. ¿Qué ocurre aquí?

Señalé a un punto, en la cubierta, que ninguno de ellos había visto aún. Miraron allí.

—¡Los rifles! —jadeó Baker, palideciendo—. ¡Los rifles de Watkins y de Mulder, señor!

Estaban junto a un respiradero oxidado, casi cubiertos por una

lona arrugada y sucia. Buscamos por doquier a sus dueños. No apareció nadie en toda la cubierta.

Era increíble, pero, a bordo del Mary Jane… los dos marineros habían desaparecido.

Sin dejar el menor rastro. Y sin emitir el menor sonido de alarma.

CAPÍTULO II

OJOS DE GATO

—Es inútil —terminó confesando Baker, el oficial—. No están en ninguna parte, señor.

El capitán Wallace estaba lívido. Pero se congestionó un momento. Nos miró a ambos, como pretendiendo ver más allá o saber algo más. Desgraciadamente, nosotros en nada podíamos ayudarle a salir de dudas. Hubiéramos dado algo, estoy seguro, por entender nosotros algo de lo que sucedía en derredor nuestro.

—No pueden haberse evaporado en el aire —comentó ásperamente.

—Claro que no —admití, encogiéndome de hombros—. Pero no aparecen, capitán. Y tampoco ahora hay señales de violencia.

—No, no las hay —aceptó él con acritud. Y estudió con ojos críticos la cubierta, buscando en cada tabla de madera encerada la posible huella de un misterioso agresor que no parecía posible hallar en el barco—. Bien, creo que habrá que correr riesgos. Y dividirnos, en busca de ellos. Y de lo que pueda haber a bordo. No admitiré en modo alguno abandonar a dos de mis hombres.

—Conforme —aceptó Baker—. Pero separarnos puede provocar nuevas desapariciones.

—Tenemos armas, ¿no? —Se enfureció Wallace—. Y sabemos utilizarlas. Cuando menos, no requiere ninguna técnica especial apretar el gatillo, aunque sólo sea para hacer ruido…

—Ellos pudieron hacerlo —les hice notar—. Y no lo hicieron, capitán.

El silencio se hizo todavía más denso entre nosotros tres, parados estúpidamente en la cubierta. De repente, el capitán tuvo una decisión enérgica. Fue hasta la borda. Miró al Dixie Lou. Y

disparó al aire su pistola, casi rabiosamente. Vimos asomar a la borda del otro barco una hilera de cabezas alarmadas.

—¡Vamos, venid seis de vosotros! —Voceó Wallace—. ¡Watkins y Mulder han sufrido un accidente! ¡Que el piloto Reagan elija a los seis hombres, y vengan inmediatamente!

Tuvo que repetir la orden utilizando el destartalado reflector de a bordo, por el código Morse. Las luces azuladas del atardecer, cayendo suavemente sobre el Atlántico, ayudaron a que, rápidamente, el mensaje llegara por medio de parpadeos y guiños más o menos largos de luz a la motonave Dixie Lou. La respuesta fue escueta, utilizando también el reflector con persiana intermitente:

«Seis hombres salen inmediatamente, con armas».

Wallace resopló, aliviado, volviéndose hacia nosotros. La batería de a bordo debía de estar agotándose. Señalé los leves parpadeos de las bombillas amarillentas, en el acceso a los camarotes bajos y a los de pasaje, en la cubierta, por su borda cubierta.

—Mire: si oscurece pronto, nos quedaremos a bordo sin luz —señalé secamente—. No será muy agradable, dados los hechos acaecidos.

—¿Tiene miedo, señor Kirby? —preguntó irónicamente el capitán Wallace, mirándome de soslayo.

—No diría que fuese miedo…, pero sí precaución —reí entre dientes—. ¿No piensan ustedes lo mismo?

—Personalmente, no me gustaría andar en tinieblas a bordo de este viejo trasto —se quejó el oficial Baker.

—¿Temen que esto sea algo así como el Buque Fantasma? —bromeó Wallace, con voz ronca.

—Pudiera serlo —comenté—. De momento, hay dos hombres de carne y hueso que parecen haber pasado sin transición a otro mundo incorpóreo, capitán.

—Los encontraremos —dijo él con acritud—. Estoy seguro de eso.

—Quizá los encontremos, pero… ¿vivos? —sugerí malhumorado, alejándome de ellos unos pasos y echando a andar, indolente, por el corredor que formaba la cubierta entre la borda y los ojos de buey y puertas de los camarotes destinados a los viajeros del barco de carga.

Abrí la primera puerta. Miré adentro, sin esperar a que los dos marinos me acompañaran. Vi un camarote pequeño pero relativamente confortable, con dos literas, muebles fijos, atornillados al suelo, un lavabo de loza y una puertecilla de paso a un pequeño cuarto de aseo interior. El segundo y tercer camarote resultaron iguales. Luego, un recodo de la galería de cubierta, conducía a una escalera ascendente, hacia el puente y las dependencias de los oficiales y del capitán, el cuarto de radiotelegrafía y el compartimento del timón.

Miré hacia arriba, dubitativo, mientras a mis espaldas oía las firmes pisadas del capitán Wallace y del oficial Baker, siguiendo mis mismos pasos. De repente, me estremecí.

Estaba seguro de ello. No podía ser imaginación mía. Ni efecto óptico, pese a la luz difusa del atardecer, al juego de azules pálidos y sombríos del mar, el cielo y la tarde. Ni a las luces amarillentas y tristes de a bordo, con sus fuentes de energía propia prácticamente agotadas.

Había visto unos ojos.

Unos ojos en las sombras de la planta superior de la cubierta, en el puente. Unos ojos rápidos, fulgurantes. Casi fosforescentes.

Verdes. O dorados tal vez. Verdes y amarillos…

Ojos extraños los de esa tonalidad. No debían ser humanos. No parecían humanos, cuando menos.

Ojos de… de gato.

Ojos felinos en la sombra. Apenas un segundo. Quizá dos. No más. Luego… la oscuridad de nuevo. Total. En la cabina del timón y de los mandos de a bordo, asomados a la afilada proa del viejo Mary Jane…

Ya no estaban allí. Pero yo sabía que no eran una alucinación ni un espejismo.

Vi unos ojos. Wallace y Baker se aproximaban ya a mí. Yo continuaba quieto, rígido, sorprendido. Buscaba algún rastro de aquellos ojos arriba, tras los vidrios polvorientos de la cabina frontal.

Y entonces, de repente, el grito casi inhumano, escalofriante, heló la sangre en mis venas.

* * *

Rasgó la quietud de la tarde como una cuchillada. Sentí que me estremecía, y estuve seguro de que mis compañeros de expedición también sufrían los efectos Je aquel imprevisible golpe psíquico.

—¿Qué es eso? —rugió Wallace, palideciendo.

—Una voz… ¡Una voz de mujer! —Jadeó el piloto Baker, angustiado—. Cielos, ¿qué siniestros horrores acontecen a bordo de este maldito barco?

Les miré a ambos. No sabía nada. O, cuando menos, sabía tanto como ellos podían saber. Pero yo tenía algo más: un reflejo vivo, fulgurante. Un destello verde o dorado. O ambas cosas a la vez. Unos ojos. Unos ojos de gato en la sombra, tras el timón del viejo barco…

Eché a correr. Escaleras arriba, hacia la cabina de mandos del Mary Jane. Empujé la puerta con violencia. Penetré allí, entre el timón, los sextantes, los indicadores de presión, temperatura, velocidad, cartas marinas y cuanto precisa un piloto para guiar su barco en las rutas azules del mar.

Miré en torno mío, buscando algo. Encontré sólo una puerta posterior. Abierta. Asomada a otra escalera, ésta de pocos escalones, y dirigiéndose a un corredor angosto, iluminado con más fuerza que los demás, no porque la luz hubiera mejorado a bordo, sino porque las bombillas eran de más watios.

Estaba seguro de haber visto aquellos misteriosos ojos mirándome enigmáticamente desde la sombra. No sabía si eran humanos o no, aunque quería alejar de mi mente de hombre del siglo XX cualquier idea supersticiosa, y sólo razonar fríamente sobre unos hechos. Corrí en pos de aquel misterio invisible. No me importó que, a mis espaldas, gritaran mi nombre el capitán Wallace y el oficial Baker. Penetré por el corredor, en busca de algo o de alguien, sin saber exactamente qué o quién.

Me vi sobre un suelo alfombrado en rojo oscuro, con sólo tres puertas ante mí: dos laterales, una por lado, y la tercera enfrente. Leí sobre esta última una placa de latón grabada:

CAPITÁN. LLAMEN ANTES DE ENTRAR

Yo no llamé. Entré, sencillamente, pegando un empellón a la puerta de madera lustrosa, que cedió a mí impulso, con el chasquido del pestillo al moverse hacia atrás.

Miré a la cámara del capitán. No sabía por qué había hecho eso, pero estaba seguro de encontrar a la criatura, quienquiera que fuese, justo allí dentro.

Y así fue.

Los ojos de gato me miraron desde la sombra. Un jadeo ronco y espeluznante acogió mi entrada en la cámara. Una voz susurrante, estremecida, me avisó desde esa misma oscuridad de la confortable cámara del desaparecido capitán del Mary Jane:

—Salga de aquí… Salga de aquí… ¡o le mataré!

Y estuve seguro de que lo haría.

* * *

No salí. En vez de eso, seguí mirando hacia el interior. Apunté hacia allá mi pistola resueltamente. Una sombra felina se movía entre las tinieblas de la cámara. Afuera, el atardecer agrisaba las formas y daba una penumbra casi siniestra al barco abandonado.

Por unos momentos, sólo escuché las fuertes pisadas de Wallace y de Baker tras de mí. Y allá enfrente, el jadeo casi animal de un ser desconocido, de ojos tan sellos como extraños y amenazadores.

—No sé quién sea usted —dije secamente—. Pero no he venido a hacerle daño. Somos varios. Y vienen más a bordo. Muchos más, todos armados.

—¿Qué importa eso? —Sonó el jadeo humano—. Todos morirán. Todos. Se los llevará él.

—¿Él? ¿Quién es él? —quise saber, acremente.

—El ser. El espectro. El monstruo.

—No existen monstruos —repliqué—. Ni espectros. Vamos, salga de ahí. No vine a hacerle mal alguno. ¿Pertenece a la tripulación del barco?

—No.

—¿A los pasajeros, entonces?

—No. Váyase. No me toque. No se acerque. Puedo matarle, lo juro.

Parecía una amenaza infantil. Pero quizá no lo era tanto como yo imaginaba. Había que andar con cautela. Pero también obrar de prisa. El capitán y el oficial estaban ya al pie de la escalera de acceso a la cabina del puente de mando. No tardarían en llegar. Y ellos no manejarían la situación tan suave ni tan pasivamente,

estaba seguro.

—¡Señor Kirby! —llamaron desde abajo en ese instante—. ¡Señor Kirby, responda! ¿Qué sucede ahí arriba?

Miré hacia las sombras. Creí ver flotando en ellas aquellas pupilas felinas, verdosas, de fulgor dorado. La respiración apagada, era sibilante, tensa. Como la de una fiera al acecho. Sin embargo, la voz que había captado antes, me parecía a veces inocente, casi infantil. Pero eso no me engañaba. Había peligro en el ambiente. Aquel ser estaba asustado. Y haría cualquier cosa por vencer su miedo.

—Mi nombre es Kirby —dije—. Cameron Kirby. Soy investigador científico, y navego en el Dixie Lou. Hemos encontrado el Mary Jane a la deriva. Sólo pretendemos ayudarles en lo que haya sucedido, en la situación en que se hallen… Trate de confiar en nosotros, sea usted quien sea, y tema lo que tema. Somos amigos, entiéndalo.

—No tengo amigos. Ningún amigo —me replicaron.

Vi aquel cuerpo moverse sigilosamente hacia un rincón. Observé que había allí un armario encristalado, con los vidrios rotos. Dentro, descubrí piezas de precisión para el estudio de cartas marítimas, sextantes dorados y un sinfín de objetos propios de un marino, además de una hilera de revólveres niquelados, situada en un estante inferior, y sujetos a una serie de soportes metálicos forrados de pana roja.

Rápidamente, salté adelante. Guardé mi arma y utilicé solamente mis músculos. Por fortuna, mi vida de investigación me deja horas para practicar deporte. Gracias a eso, fui más rápido que mi desconocido adversario. Adiviné su intento y lo conjuré justo a tiempo.

La mano, delgada y pálida, estaba ya cerca de uno de los revólveres de a bordo, para aferrarlo y, sin duda alguna, enfrentarse a mí y a los dos marinos que, a paso de carga, subían ya ruidosamente por las escaleras de acceso a la cabina de mandos de a bordo.

Sujeté la muñeca con energía, mientras recibía una lluvia de patadas y de golpes de una mano zurda, en la oscuridad. No dudé en golpear a mi vez secamente, y la pugna cesó en el acto.

Con un gemido, mi antagonista, alcanzado sin duda en el

mentón por mi seco y duro impacto zurdo, cayó atrás. Le oí golpear el suelo de madera y la plancha cobriza del muro, junto al armario destinado a contener armas e instrumentos de navegación propios de otras épocas.

Una luz potente centelleó en la puerta de la cabina. Dos armas automáticas apuntaron hacia nosotros, para terminar centrando su punto de mira en el cuerpo abatido a mis pies. Miré, jadeante, deslumbrado, hacia mis dos compañeros.

—Por todos los diablos, ¿qué ocurre aquí? —estalló la voz impaciente del capitán Wallace, desde la puerta.

—Ya lo ve —suspiré—. Se resistió. Quería tomar un arma. Tuve que impedirlo.

—¿Quién es? —quiso saber el oficial Baker, perplejo, aproximándose con su poderosa lámpara eléctrica barriendo de luz blanca la cabina en sombras.

—No lo sé —dije, mirando a mi vez, curiosamente, hacia la figura tendida en el suelo—. Pero tiene ojos de gato…

Me quedé contemplando a mi vencido antagonista, y me sentí mucho menos orgulloso de mi presunta hazaña que un momento antes.

Era una mujer.

CAPÍTULO III

VACÍO EN LA MENTE

Una hermosa mujer.

Muy joven, sin duda. Muy atractiva. Eso podía advertirse a simple vista. Sus ropas no constituían ningún obstáculo para ello, porque apenas si llevaba encima lo preciso para no ir enteramente desnuda.

Hasta entonces se había cubierto con un impermeable negro, lustroso. De ahí la confusión de su figura en las sombras. Al caer, el impermeable había resbalado de sus hombros, sobre los que iba como una simple capa. Debajo, solamente llevaba unas prendas interiores y jirones de una camisa vieja, color grisáceo.

El cuerpo era esbelto pero con unas cunas agresivamente llamativas. El breve corpiño, medio roto, no disimulaba la arrogancia de sus senos. Tenía broncínea piel, pero pálidas manos esbeltas. Los labios eran carnosos y de un rojo natural intenso. El cabello, tenía el color de la miel. No pude ver sus ojos, tapados por los párpados, en su actual reposo.

—Que el diablo me lleve… —se quejó el capitán Wallace, ceñudo—. Es una preciosa muchacha, señor Kirby.

—Lo es —admití secamente, desviando mis ojos de ella—. Que me ahorquen si entiendo lo que hace aquí.

—Tal vez pertenecía al pasaje del Mary Jane.

—Ella dijo que no. Ni al pasaje ni a la tripulación.

—Entonces, ¿cómo llegó a bordo? ¿Volando? —dijo ásperamente Baker.

—Será interesante interrogarla —dijo Wallace. Contempló de cerca a la muchacha, y la cubrió de nuevo con el impermeable, pudorosamente—. Tiene la piel helada. Y parece mal nutrida. ¿Ha

observado sus ojeras, Kirby?

—Sí. No resultaría extraño, si lleva tiempo a bordo… ella sola.

—Por todos los diablos, eso me hace recordar a Watkins y Mulder. ¡Tienen que estar ambos a bordo! Haré desguazar totalmente este viejo cacharro, si no los encuentro. Vamos, Kirby; llevemos a esta muchacha al Dixie Lou. Usted y el oficial Baker regresarán a bordo con ella, en la canoa que traiga aquí a los marineros, con el piloto Reagan. Luego, uno de ustedes puede volver a reunirse con nosotros, mientras revisamos este siniestro cascarón envejecido y feo.

Asentimos. Los marineros no tardaron en llegar con la lancha a motor. Volvimos a bordo del Dixie Lou que, tras pisar la cubierta y dependencias del Mary Jane, me parecía un verdadero transatlántico de lujo. El doctor Gallagher cuidó inmediatamente de ella, haciéndola conducir a la enfermería. Baker se mostró dispuesto a volver al Mary Jane, y yo me quedé en el Dixie Lou, pendiente del examen médico de la misteriosa muchacha de ojos de gato.

Algo me decía que, pese a no tener sentido, no haría nada práctico a bordo del viejo barco perdido. Ni Watkins ni Mulder aparecerían ya. Era una lúgubre idea afincada en mi mente, sin saber la razón.

Era ya noche oscura, cuando el doctor Gallagher llegó a una conclusión sobre su joven paciente, y me hizo llamar a la enfermería.

Allá, frente a nosotros, bailoteaban luces de proa a popa y de babor a estribor, a bordo del fantasmal barco chirriante. La búsqueda continuaba, febril. Pero no había sonado el disparo que avisaría del hallazgo de Watkins o de Mulder, vivos o muertos.

Cuando entré en la enfermería, me encontré al doctor Gallagher preocupado y nervioso, junto a su paciente. Ésta me miró, muy fija, cuando yo atravesé el umbral.

* * *

Ojos de gato.

Seguía teniendo aquellos mismos ojos que yo viera en las sombras del Mary Jane. Ojos profundos, fulgurantes… y a la vez extrañamente hermosos. De pupilas verdes, jaspeadas, y una especie de halo dorado en torno. Era un juego increíblemente bello el de las

tonalidades de sus ojos, especialmente cuando una fuerte luz los hería. Y rara vez parpadeaba. Eso, quizá, hacía más felina la expresión de su mirada.

No leí en ella aversión, odio o terror. Pero me miraba con fijeza obsesiva. Como preguntándose muchas cosas. Quizá cosas que yo era el primero en desear saber.

—¿Y bien, doctor? —indagué, mirando al médico.

Él me contempló ceñudo. Fumaba con nerviosismo un cigarrillo aplicado a su boquilla de plata. Sacudió la cabeza con disgusto.

—Temo que es un caso difícil, Kirby —me confesó.

Le vi tan contrariado como cuando lograba darle jaque mate en alguna de nuestras habituales partidas de ajedrez, en los momentos de asueto a bordo.

—¿Qué sucede, exactamente? —quise saber, intrigado.

Señaló a la muchacha. Hizo un encogimiento de hombros.

—No lograremos nada con ella, Kirby —manifestó—. Ni siquiera nos dirá su nombre, la razón de su presencia en el barco, o lo que en él ha sucedido.

—¿Por qué? —indagué—. ¿No existen medios de hacer hablar a una persona, doctor?

—Lo estoy intentando, Kirby. Me he permitido una experiencia. Ahora está bajo los efectos de una dosis prudente de pentothal.

—¿El suero de la verdad? —Fruncí el ceño—. ¿Tan dura de pelar es la muchacha, doctor?

—No es eso, Kirby —me miró, reflexivo—. Ni siquiera el pentothal la hará hablar, estoy seguro. Tiene su mente vacía. No quiere mentir o callar. Simplemente…, no sabe qué decir.

—No le entiendo…

—Está muy claro. Padece amnesia. Una amnesia casi total, Kirby.

* * *

Amnesia.

Para mí, la amnesia era algo casi cinematográfico. Nunca había creído totalmente en ella, quizá porque en tiempos los guionistas y autores poco escrupulosos abusaron de las ventajas que el truco les daba en sus relatos.

Esto era diferente. El doctor Gallagher no era una notabilidad,

pero era un buen médico. Debía tener sus razones para afirmar lo que acababa de oír. Evidentemente, había algo incierto y vago en la mirada, en el gesto, en la actitud toda de la muchacha. Y esto de ahora Cenia a justificarlo con una sola palabra: amnesia.

—Pérdida de memoria… —comenté, asombrado—. ¿A causa de algún *shock*, doctor?

—Posiblemente. Entra dentro de lo razonable, Kirby.

—¿Son ineficaces en esos casos los sueros de la verdad?

—Según en qué casos. El subconsciente puede manifestarse claramente… o sufrir las consecuencias del mal, y permanecer en el mismo vacío de la conciencia. Entonces, el suero no da resultados, como en este caso. Quizá porque, subconscientemente, ella no quiere hablar de lo que sabe, de lo que ha visto. Personalmente, creo que esto es terror.

—¿Terror?

—Sí. Miedo, pánico, llámelo como quiera. Está muy asustada por algo que conoce. Y de un modo instintivo, rechaza evocarlo. Eso, unido a su pérdida de memoria, hace imposible obtener de ella dato alguno.

—Espere un momento —dije yo, sin dejar de estudiar la bella e inexpresiva máscara que era en estos momentos la muchacha de ojos felinos—. Creo recordar algo que ella mencionó cuando la acorralaba en el Mary Jane.

—¿Y es…?

—Intentaremos el experimento en ese sentido, doctor. ¿Puedo hacerle yo preguntas?

—Si tiene un tema que supone pueda hacerla reaccionar positivamente, si. Pero haga esas preguntas pausadamente. Sin exigencias, sin forzar su mente. Casi de modo amistoso, Kirby.

—Descuide —me senté junto a ella, y la miré. Los ojos inquietantes también me miraron, pero estuve seguro de que no me veían de un modo consciente. Observé que habían vestido a la muchacha con una blusa y unos pantalones de hombre de talla pequeña. Aun así, resultaban grandes para su figura femenina.

Tras una breve pausa en que traté de ordenar mis ideas, comencé mi prueba personal con ella, bajo la mirada curiosa y atenta del doctor Gallagher:

—Muchacha, ¿era usted pasajera del Mary Jane?

—No.

—¿Tripulante?

—No.

—¿Está segura de eso?

—Sí.

—¿No sabe lo que ocurrió en el Mary Jane?

—No.

—¿Ignora por qué está abandonado?

—Sí.

—Pero usted sabe que todos los que pisen ese barco… morirán.

Una leve pausa. Un gesto de sorpresa en el doctor. Y, de repente, una crispación, un momento de indecisión en el rostro y en la mirada de la muchacha. Finalmente, un débil, apagado:

—Si…

Cambié una mirada con el doctor, que se mostraba perplejo.

—¿Todos tienen que morir, si suben a bordo del Mary Jane? —insistí.

—Sí. Todos —repitió.

—¿Incluso…, incluso los marinos que desaparecieron?

—Sí.

—¿Sabe que desaparecieron dos marinos nuestros hoy mismo, en ese barco?

—Sí.

Esto parecía algo positivo. Me estremecí. El doctor se inclinó sobre mí, excitado.

—¡Siga, siga por ese camino, Kirby! —me alentó—. Evidentemente, usted sabe cómo despertar algunos recuerdos en ella.

—¿Sabe cómo desaparecieron esos marinos? —insistí, tenso.

—Si —afirmó ella, rotunda.

Tragué saliva. Era una labor tediosa, lenta. Pero conducía a alguna parte, al parecer.

—¿Qué pasó? ¿Va a decírmelo?

—No.

—¿Por qué? Tiene que decírmelo. Soy su amigo.

—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿A qué? ¿A quién?

—A… a él.

—El… —suspiré. Se repetía esa mención ambigua—. Si, entiendo. El… ¿Por qué le teme?

—Me llevará también a mí. Me destruirá.

—¿Por eso no me dice cómo desaparecieron los marinos del Dixie Lou?

—Sí.

—Él no le hará nada. Está a salvo, entre nosotros.

—Nunca se está a salvo de… de «él» —repitió.

—¿Quién es «él»?

—El espectro.

—Ya me dijo eso antes. ¿Qué más es?

—El monstruo.

—Yo le dije que no hay espectros ni monstruos. Él no es nada de eso.

—Sí. Lo es. Yo lo sé.

—¿Teme que llegue hasta aquí?

—Sí —se estremeció, aún bajo los efectos del pentothal—. Quizá ya está aquí…

Miramos aprensivamente en derredor Gallagher y yo, y nos sentimos infantilmente torpes y medrosos. Creo que hasta nos avergonzamos de nosotros mismos. Volví a la carga:

—¿Qué clase de espectro o monstruo puede ser «él»?

—Es… es el… el espectro de… de los Sargazos —dijo la muchacha lentamente.

Me quedé mirándola. Los Sargazos. Eso sí tenía sentido. Estábamos relativamente cerca del flotante mar de algas y de hierbas marinas del que los navegantes hicieran motivo supersticioso durante siglos. Pero yo nunca había oído hablar de un espectro en ese mar.

—¿Los Sargazos? —repetí—. ¿Viene de allí el Mary Jane?

—Sí.

—¿Y también usted?

—Sí.

—¿Qué hacían en los Sargazos? Los barcos eluden su extensión, habitualmente, para evitarse dificultades con otros cascos de barcos y residuos marítimos acumulados entre las algas, hasta formar una superficie virtualmente sólida y pegajosa… ¿Sabe por qué estaban allí ustedes?

—No. Ni quiero saberlo. No quiero volver allí nunca más. Pero «él» nos llevará a todos hasta el mar Tenebroso.

—Tonterías —rechacé—. Nadie nos empuja a ninguna parte. Yo voy en esa dirección porque me espera un barco y una tarea científica en él. Eso es todo. Usted volverá a los Sargazos, pero sólo para seguir viaje a las Bermudas, a la costa americana en suma… Segura, y a bordo de este barco.

—¡No! —Los ojos se le dilataron. Se irguió, presa de un vivo terror—. ¡No quiero! ¡No quiero volver a los Sargazos! ¡No, por Dios, nunca más! ¡Nunca! ¡No quiero morir como los demás! ¡No quiero!

Era presa de intensa excitación, aún bajo los efectos del pentothal. Rápido, el doctor Gallagher se ocupó de ella, administrándole algo mediante una rápida inyección. Momentos más tarde, descansaba plácidamente dormida sobre una litera. El médico salió conmigo de la enfermería, sacudiendo la cabeza con pesimismo.

—Descansará unas horas, y se evaporarán los efectos del suero —dijo—. Me temo que eso sea todo cuanto de ella sepamos, Kirby. Si no curamos su amnesia, no nos dirá nada. El terror y la pérdida de memoria, han provocado en ella una idea consciente y subconsciente a la vez para negarse a hablar de cuanto ha presenciado en esa maldita travesía del Mary Jane.

—Ella ha insistido dos veces en una misma cosa —hice notar, reflexivo—. Negó ser tripulante y pasajera del viejo barco Por tanto, ¿qué hacía ella a Sordo? No tiene sentido, doctor.

—No, no mucho… si es que dijo realmente la verdad completa. Por alguna razón tenía que estar ella allí cuando ustedes llegaron, Kirby. No pudo llegar a nado.

—Me preocupa esa historia del presunto espectro de los Sargazos. Porque, realmente, no sabemos aún si el misterio de a bordo se ha aclarado, o si nuestros marineros han aparecido ya, vivos o muertos…

Caminamos hasta la borda. Las luces a bordo del Mary Jane habían disminuido de número. Se veían casi inmóviles en cubierta. De pronto, nos llegó una trepidación desde el viejo barco, y las bombillas empezaron a lucir, débilmente al principio, pero en creciente intensidad.

—Han puesto en funcionamiento las máquinas para generar luz eléctrica a bordo —señalé—. Y vea: vienen de regreso a bordo…

—Cuando menos, vuelve el capitán, con dos marineros —asintió Gallagher, inclinándose hacia las oscuras aguas—. Creo que vamos a acercarnos más al Mary Jane para engancharlo y remolcarlo a alguna parte…

Tenía razón Gallagher. Apenas pisó Wallace la cubierta con sus dos hombres, nos explicó parcamente, sudoroso y pálido:

—He dejado a bordo al oficial Baker con cuatro hombres armados. Vamos a remolcar al Mary Jane hasta un lugar donde hacer entrega del mismo a las autoridades navales.

—¿Y… Watkins y Mulder, capitán? —inquirí, con voz grave.

Wallace nos estudió a ambos fijamente, antes de dar una respuesta que nos heló la sangre.

—Han aparecido, Kirby, han aparecido El mismo diablo debe viajar a bordo de ese maldito barco. Espero que Baker y los demás disparen sin previo aviso sobre cualquier cosa que se mueva en la noche. Son mis órdenes. Porque Watkins y Mulder han aparecido con sus ropas intactas, si. En una cámara oculta en las bodegas del Mary Jane, entre las cajas y fardos de carga… Pero han aparecido SÓLO SUS ESQUELETOS, dentro de sus propias ropas…

* * *

El barco era como un enorme y feo ataúd flotante, siguiéndonos siniestramente en la noche, con sus débiles festones de luz como los cirios de un funeral.

Dejé de contemplarlo. Había una ligera neblina ahora sobre el Atlántico, y la sirena de a bordo emitía prolongadas y lastimeras notas ululantes, de advertencia a otras embarcaciones.

Seguíamos nuestra ruta, invariable. Hacia el mar de los Sargazos. En sus proximidades, estaría el Neptuno esperándonos para mi tarea biológica en las profundidades del mar. Formaba parte del programa de investigaciones marítimas del Gobierno británico, dentro del convenio internacional de Estudios Oceanográficos. Lo sucedido el día que hallamos el Mary Jane, no podía alterar en nada nuestro programa científico. El capilar. Wallace tampoco alteraba por ello su propia ruta hacia las Bahamas.

Esa misma noche, nos llegó un despacho radiotelegráfico, informando que el Mary Jane había salido de Norfolk, Virginia, en ruta hacia las islas Bermudas y de Cabo Verde, con destino final en Dakar. Su cargamento oficial era de maquinaria pesada industrial y lubricantes de primera clase. Pertenecía el viejo barco a
Warren & Clayton
Overseas Limited, como armadores, radicados en Providence.

Era cuanto se pudo conseguir respecto al mismo. Su capitán, el viejo y eficiente Clark Harrington, era el responsable de aquel viaje, y llevaba ocho años siéndolo del mismo barco. Por tanto, la eficiencia en su tarea estaba más que comprobada. La tripulación se componía de veinticinco hombres, y los pasajeros oficialmente registrados por
Warren & Clayton,
eran exactamente diez. De ellos, dos mujeres. Pero ambas de edad superior a los cuarenta años, con sus respectivos esposos.

La muchacha de ojos de gato no encajaba en absoluto en ninguno de los oficialmente registrados como ocupantes del barco, a su salida de Norfolk.

Su negativa se confirmaba así. Y el misterio se acrecentaba por momentos.

Yo no podía dejar de pensar en algo. Y creo que no era el único a bordo…

—Esqueletos, Kirby. ¿Oyó eso?

Giré la cabeza. Y asentí, mirando fijamente a quien se aproximaba a mí en el salón de lectura de a bordo, pese a lo avanzado de la hora. Traía en su mano un *whisky* con hielo, y sonrió al ver que yo tenía otro a mi lado, sobre la mesita de lectura.

—Sí —dije roncamente—. Es atroz. Y absurdo, además, ¿no cree?

—Evidentemente —confirmó el doctor Gallagher—. Hacía poco tiempo que desaparecieron. Sólo unas horas. Y sus cuerpos eran ya simple esqueleto… No tiene sentido.

—¿Qué sugiere usted, como médico?

—Nada lógico. Solamente una bandada de pirañas reduce a un ser viviente a simple esqueleto en escasos minutos. En otro sentido, deberíamos imaginar un poderoso ácido corrosivo, pero ¿por qué eso? ¿Por qué respetó, por otro lado, sus ropas, que según el capitán

están intactas?

—Creo que es un misterio más, que difícilmente llegaremos a poner en claro —señalé con amargura—. Ese barco parece, realmente, maldito.

—Sólo el capitán y el oficial Baker saben lo de Watkins y Mulder —hizo notar el médico—. De otro modo, creo que se extendería el terror por todo nuestro barco también. Los marineros siempre han sido supersticiosos, y ahora no es una excepción, amigo mío. Se han limitado a decir que están muertos, los han envuelto en lonas, atándolos fuertemente, y Baker se ocupó de meterlos en una arqueta de metal que trasladarán después a bordo del Dixie Lou. Esperemos que la tripulación no desconfíe nada.

—Estamos en pleno siglo XX, doctor.

—Claro. Pero las supersticiones y temores de la gente del mar, surgen en cualquier momento con la misma virulencia, si un suceso aparentemente inexplicable y sobrenatural se cruza en su camino.

—¿Usted qué piensa de todo eso?

—No sé qué pensar. No soy un médico forense, pero debo examinar lo antes posible esos dos esqueletos, y extender un informe para transmitirlo a las autoridades navales de Gran Bretaña, puesto que el lugar más próximo a nuestra situación actual son las Bahamas. Espero que algún helicóptero o avioneta oficial nos visite cuando estemos a la altura del Neptuno, y nos envíen un investigador que estudie el caso desde el punto de vista estrictamente legal y policial.

—¿Cree en la existencia de… de un asesino? —sugerí suavemente.

—¿Un asesino? —Se encogió de hombros—. Sea como sea, tiene que haberlo. El capitán Harrington ha desaparecido. Y con él, toda la tripulación y pasaje del Mary Jane. Esa chica desconocida, no pertenece a la lista de a bordo. Y dos hombres de nuestro propio barco, han desaparecido misteriosamente de la cubierta del Mary Jane, sin dar la alarma ni oponer resistencia…, para aparecer luego solamente sus esqueletos. Amigo Kirby, creo que hay un asesino, sí. Loco o monstruoso, fantasmal o no…, pero lo hay en alguna parte.

—Evidentemente… en el Mary Jane —apunté, rotundo.

—A bordo del Mary Jane… Sí, parece evidente. Pero ellos no encontraron nada ni a nadie salvo a esa muchacha. Y no creo que

ella… pueda ser responsable de cosa alguna —dudó vivamente el doctor Gallagher.

—Yo tampoco lo creo, doctor —admití con tono preocupado—. Pero ha de haber una explicación, la que sea, para justificar esta historia demencial con que nos enfrentamos.

—Si la hay, amigo Kirby, ¿no será, realmente, para dar la razón a esa criatura… y la clave del misterio se encuentre, de verdad…, en los Sargazos?

Le miré, pensativo. Terminé por asentir, despacio.

—Creo…, creo que sí. Pero sea ello lo que sea… su influencia llega hasta el Mary Jane. Y, de rechazo, hasta nosotros mismos, doctor —señalé con tono sombrío.

En ese preciso instante, llegó a nosotros el estampido de un disparo de arma de fuego.

Y ambos supimos que venía de la cubierta del buque perdido. Luego, el disparo se repitió. La noche nos trajo, a través de un ojo de buey abierto en la sala de lectura, el eco escalofriante de un alarido humano que reflejaba terror, angustia, acaso muerte…

CAPÍTULO IV

PÁNICO INVISIBLE

Todo se conmocionó rápidamente a bordo.

La alarma estaba dada, con aquellos dos disparos en el Mary Jane y con el grito de terror o de angustia que había llegado hasta nosotros desde el viejo barco misterioso.

—¡Pronto, a las lanchas! —Ordenó vivamente el capitán Wallace, empuñando su propia pistola—. ¡Un grupo a bordo del Mary Jane! ¡Tomen armas automáticas, y no duden en disparar sobre todo aquel que no sea de nuestra dotación! ¡Algo ocurre allí ahora, o los hombres del oficial Baker no hubieran utilizado sus armas!

Se lanzó un proyector sobre la cubierta del barco remolcado. Para inquietud nuestra, no reveló absolutamente nada.

No vimos ni rastro de Baker o de sus cuatro hombres. Era como si no hubiera nadie a bordo, una vez más. Empecé a sentir verdadero terror ante lo desconocido, ante lo que no lograba entender.

Me uní al grupo de hombres armados. Éramos casi la totalidad de los tripulantes del Dixie Lou. En vez de temer la expedición al barco remolcado, los hombres de Wallace querían salir pronto de dudas. Y yo con ellos.

El capitán tuvo que seleccionar hombres, hasta un total de una decena, con él mismo al mando. Dejó a otro oficial como capitán accidental del Dixie Lou… y salimos en dos canoas motoras, hacia el barco remolcado. Habíamos parado máquinas, y estábamos detenidos en plena noche, en medio del Atlántico. A menos de media jornada de distancia del mar de los Sargazos y de mi barco científico, el Neptuno.

El recorrido entre el Dixie Lou y el Mary Jane fue breve. Aun así, cada segundo se me antojó una eternidad, en tanto las canoas a motor zumbaban sobre el oscuro oleaje, en dirección al navío fantasma. A bordo de éste, todo era silencio. Como si, realmente, el oficial Baker y su gente se hubieran evaporado en la nada…, para reaparecer luego convertidos en espantosos y espantables esqueletos, en cualquier otro lugar del navío trágico.

El capitán Wallace y yo cambiamos varias miradas durante el recorrido, pero sin hacer comentario alguno ni pronunciar la más leve palabra. El rumor del oleaje, no demasiado fuerte, golpeando los costados de las ligeras embarcaciones, entre un barco con luces y otro reducido a la total oscuridad ahora, fue el único sonido perceptible durante unos momentos.

Al fin, me dijo algo entre dientes, con voz ronca:

—¿Y qué encontraremos ahora, maldita sea, señor Kirby?

Sacudí la cabeza, reflexivo. Miré a la negra estructura del barco viejo y mohoso, el enigmático cascarón a punto de ir a desguace en cualquier momento, y que en aquella extraña travesía acumulaba los incidentes más incomprensibles a bordo, como epílogo de algo indudablemente más oscuro y siniestro, que tuvo por escenario las dependencias del vetusto navío de cabotaje de la
Warren & Clayton
Overseas Limited, de Providence, Rhode Island.

—No lo sé —confesé apagadamente—. Y por Dios, capitán, que daría algo por saberlo, aunque fuese de mucho valor. Todo esto parece una pesadilla.

—Es algo más que eso, señor Kirby. Es un absurdo. Un completo absurdo desde el principio al fin. Pero lo malo es que estamos inmersos en él, y no sabemos siquiera a dónde iremos a parar, a merced de las fuerzas diabólicas que parecen regir los destinos de esa nave y, desgraciadamente, también ahora tos nuestros.

Estábamos ya adosados al casco negruzco y oxidado del buque. La escala seguía pendiendo, tal y como la dejamos al ausentamos. Miré arriba, con la misma aprensión que todos los demás. El hecho de que no viéramos a nadie ni pareciera existir un peligro real y tangible ante nuestros ojos, así como la circunstancia de ir todos provistos de buenas y modernas armas automáticas, no parecía disipar el temor supersticioso de las gentes del capitán Wallace, de

éste ni de mí mismo. Quizá en la misma incorporeidad, en el desconocimiento total que teníamos del adversario a que nos enfrentábamos, estaba lo más terrorífico del caso.

No pude por menos de recordar borrosamente, mientras subía a bordo por los escalones de cuerda, en medio de los marineros al mando de Wallace, ciertas frases pronunciadas por aquella misteriosa criatura de los ojos de gato, la mujer amnésica que halláramos a bordo del Mary Jane, cuando hablé con ella en presencia del doctor Gallagher: «Nunca se está a salvo de él…». «Es el espectro de los Sargazos… el monstruo… Quizá ya esté aquí… Él nos llevará a todos hasta el mar Tenebroso… ¡No quiero morir como los demás! ¡No, no quiero volver a los Sargazos!…».

Ella, la muchacha misteriosa que no parecía ser pasajera ni tripulante, a bordo del Mary Jane… Pero entonces, ¿quién era? ¿Por qué estaba a bordo? ¿Qué había sucedido en el mar de los Sargazos, y qué era lo que ella había visto allí? ¿Qué le hizo perder la memoria y sentir aquel terror casi animal, como algo perdido en el subconsciente, y que era lo único que, virtualmente, ataba a aquella hermosa y rara criatura al misterio del pasado del Mary Jane en los Sargazos?

Dudaba mucho de que nuestra llegada ahora, a bordo del viejo barco, pusiera nada realmente en claro. Pero se trataba, ante todo, de la vida de cinco hombres como cosa inmediata a resolver, y a eso íbamos. Lo demás, si es que alguna vez llegaba a ponerse realmente en claro, debería esperar. Incluso el gran enigma que suponía la total ausencia de vida a bordo cuando llegamos, con excepción de la perdida muchacha a quien yo persiguiera y acorralara… Y, sin embargo, dos de los nombres del Dixie Lou no eran ahora sino simples esqueletos sin átomo de carne, seres reducidos a su estructura ósea… y nada más. Como si un poder diabólico o un arma alucinante hubiera terminado con su humana envoltura súbitamente, sin que nadie les tocara a bordo del Mary Jane.

Ya estábamos a bordo. El chirrido peculiar de la vieja embarcación, al mecerse bajo mis pies, me produjo un inevitable estremecimiento. Terrores quizá ridículos, presentidas sombras de incertidumbre y de peligro, me asaltaron como si fuera un niño medroso.

Y, sin embargo, no había nadie alrededor. Solamente nosotros:

el capitán Wallace, sus hombres… y yo mismo.

Eso, quizá, resultaba lo más angustioso de todo. Lo inexplicable, una vez más.

—Cielos… —susurró un marinero—. ¿Y el señor Baker? ¿Y los muchachos?

Hubo un silencio que se hubiera podido cortar con un estilete, de un solo tajo, como una densa pella de manteca que nos envolviera. Nos miramos todos, como pretendiendo encontrar en el rostro perplejo de los demás la respuesta de que carecíamos.

—Es como si se los hubiera llevado el viento —comentó uno.

—Igual que si el Holandés Errante se hubiera hecho cargo de este viejo trasto… —añadió otro, lúgubremente.

—¡Ya basta! —atajó violentamente el capitán Wallace, revolviéndose hacia sus hombres, con ojos centelleantes y gesto colérico—. ¡No quiero oír nuevos comentarios ni murmuraciones sin sentido! ¡Aquí no hay fantasmas ni duendes, ni nada que no sea de este mundo, hatajo de supersticiosos!

—¿No, señor? —dudó uno, respetuosamente—. Pues ¿cómo desaparecieron el señor Baker y los demás?

—Diablo, eso es lo que vamos a averiguar ahora. Seguro que los encontraremos por ahí dentro, en cualquier lugar de este barco…

—¿Convertidos en esqueletos, señor? —inquirió el mismo marinero que hiciera la pregunta previa.

—¡Marinero Hawkins, repita esa insolencia, y se verá encerrado en el camarote hasta que toquemos puerto, o le mandaré castigado a las máquinas por el resto del viaje! —aulló el capitán Wallace, iracundo, acercándose a él.

—Perdone, señor, pero Hawkins tiene razón —objetó la voz áspera de otro marinero—. ¿No corremos todos nosotros peligro de no volver nunca a Dixie Lou ni a parte alguna, y vernos convertidos en esqueletos uno a uno?

—¡Marinero Ridgeway…! —barbotó colérico el hombre en cuyas manos estaban los destinos del Dixie Lou.

Y otra voz, otro de sus hombres, le interrumpió:

—Señor, puede castigarnos a todos a la bodega e incluso a la barra, o a la celda de castigo, pero ¿eso salvará al señor Baker y a los demás?

Las preguntas llovían sobre él. El tono era respetuoso, pero

había en cada frase un matiz acusadamente hostil y de reproche. El capitán Wallace se dio cuenta del terreno resbaladizo, que estaba pisando, pero no podía ya volverse atrás ni mostrar debilidad.

—Señores, ¿qué es esto? ¿Un motín? —preguntó, agresivo.

—Cielos, capitán, ni mucho menos —protestó un marinero—. Sencillamente… queremos saber lo que sucede, la clase de enemigo con quien vamos a enfrentamos…

—No les estoy ocultando nada, muchachos —habló el capitán—. Yo también deseo saber algo, tan ardientemente como todos ustedes. El señor Kirby, aquí presente, puede hablarles de ello, corroborando mis palabras. No sabemos nada de nada. Esto no tiene sentido, y en buena lógica no puede suceder. Pero está sucediendo, y eso es todo. Pretendemos descubrir qué sucedió con nuestros hombres, intentamos ayudar al oficial Baker y a sus hombres, y sobre todo, intentaremos impedir que haya nuevas víctimas. Además de todo eso, si descubrimos el misterio de lo ocurrido a bordo del Mary Jane, tanto mejor. Pero mucho me temo que con simple palabrería y discusiones entre nosotros, no se llegue a ninguna parte. Es mejor la acción. Y como estoy ya escamado de la forma en que las cosas se hicieron hasta ahora, aunque siempre fue con el mayor sentido práctico y la más pura lógica en estrategia elemental, lo haremos todo absolutamente al revés de como esa lógica manda. Es decir: no separaremos el grupo, bajo pretexto alguno. Iremos siempre unidos unos a otros. Ni uno solo de los que formamos esta expedición actuará por su cuenta. Ni se adelantará, ni se quedará atrás, ni tan siquiera desaparecerá de la vista de los demás un solo instante. Donde vaya uno de nosotros, irán todos, ¿entendido?

—Entendido, señor —dijo uno de los marineros respetuosamente. Y todos asintieron, corroborando esa decisión colectiva.

—Creo que es una medida prudencial —convine con firmeza. Y añadí, ceñudo—. Quizá la única que puede evitar que alguno de nosotros… se evapore como los demás.

—Ahora, comencemos la búsqueda —dijo el capitán Wallace—. Y ruidosamente, desde luego. Todos ustedes, a la vez, ¡disparen sus armas al aire sin vacilar!

Aquello fue caótico, ensordecedor. Las armas automáticas

rugieron, llameando en la noche y disparando lejos, a la negra oscuridad de las aguas y del cielo atlánticos, en ángulo muy alzado, para evitar accidentes. Las balas se perdieron en la sombra o chapotearon lejos, entre el oleaje rumoroso.

Ni un sordo hubiera dejado de percibir aquel estallido de violencia a bordo. Los demás compañeros del Dixie Lou, con reflectores que proyectaban haces de luz sobre la cubierta, asomaban a la borda, pendientes de nuestra acción resolutiva.

—¡Baker! —Rugió el capitán Wallace, utilizando un megáfono a batería, que alzó entre sus rudas manos—. ¡Baker, responda! ¡Baker, o cualquiera de ustedes! ¡Digan dónde están! ¡Vamos a buscarles y lo arrollaremos todo, sea como fuere!

Me sentí contagiado por su repentina furia. Le ardía la sangre en las venas al veterano del mar, y sentí que esa ebullición se transmitía a mis propias venas. Todos estábamos metidos en aquello, y eran vidas humanas las que estaban en juego. Vidas dé gentes inocentes y honestas, que sólo trataban de ayudar a los demás. De modo que aferré mi propia arma, disparando como los demás, y luego, me quedé mirando a Wallace, a la espera de órdenes.

Éste fue rotundo. Señaló la cubierta, donde ni Baker, ni sus cuatro hombres ni tan siquiera sus armas, habían dejado el menor rastro.

—Aquí sucedió lo que fuese —dijo—. Ellos no hubieran sido tan tontos como para lanzarse a una emboscada. Baker estaba sobre aviso, como lo estamos nosotros ahora. De modo que busquemos. ¡Y partiremos desde aquí… en esa dirección! —Señaló hacia la puerta de acceso a los camarotes de cubierta—. Luego, seguiremos hacia el interior de este maldito barco…

Avanzamos en grupo compacto, resuelto a todo. Tuve la seguridad de que el peligro capaz de oponerse a nosotros, había de ser realmente temible y devastador, para conseguir algo positivo en su ataque. Creo que hubiéramos barrido a un ejército, tal como nos sentíamos entonces.

Pero muy pronto, nos encontraríamos otra vez con aquel horror invisible que era capaz de helar en las venas la sangre más bulliciosa y ardiente.

* * *

Se había terminado el recorrido. Incluso la cámara donde fueran hallados los cuerpos convertidos en simples esqueletos, estaba ante nosotros ya. No había más dónde mirar.

El Mary Jane estaba vacío. Totalmente abandonado.

Ni el menor rastro de Baker o los otros. Nada de nada. Era enloquecedor. Pero era así. Nos miramos todos, en un silencio patético, en el que cada uno debíamos estar sumidos en los más sombríos y encontrados pensamientos.

—Y bien, capitán —murmuré al fin, sacudiendo la cabeza—. ¿Dónde están ellos? ¿Qué sucede a bordo de este maldito barco?

—Que me aten a la hélice y me despedacen hasta triturarme, si lo entiendo —refunfuñó él con hosquedad, clavando sus ojos en el vacío—. No puedo ver una explicación plausible, amigo Kirby. ¿Y usted?

—Sabe que estoy en su misma situación —murmuré, angustiado. Luego, dejé vagar mi imaginación, con una repentina serie de ideas inconexas que me habían ido asaltando últimamente—. De todos modos, capitán…

—De todos modos… ¿qué? —quiso saber el responsable del Dixie Lou, enarcando las cejas y mirándome con expectación.

—No, nada —susurré—. Quizá es una locura, pero he pensado sobre ciertas cosas… y usted, sin darse cuenta, acaba de decirme algo que me sobresaltó.

—¿Yo? —El mayor de los asombros se reflejó en su rostro cuadrado y saludable—. Kirby, ¿está usted en sus cabales, o este barco tiene la virtud de trastornar la mente de los que lo pisan demasiado tiempo?

—Posiblemente esté tan loco como todo lo que nos rodea, capitán —sonreí—. Pero he recordado lo que sucedió anteriormente con los hombres que se quedaron en cubierta. ¿Recuerda usted los hechos? Fueron similares a los de ahora: Watkins y Mulder desaparecieron de cubierta… a babor. Y a babor han desaparecido Baker y los demás. Muy cerca, por cierto, de la popa. ¿Eso le dice algo, capitán?

—No —reveló estupor—. ¿Qué había de decirme, señor Kirby?

—Puede ser un disparate, pero luego aparecieron Watkins y Mulder convertidos en esqueletos. O los que supimos que eran Mulder y Watkins, porque aparte sus ropas, ¿estamos realmente

seguros de que esos esqueletos eran los de ellos mismos?

—¿De quién iban a ser, si no? No había otros a bordo. Y sus ropas y objetos, usted mismo lo ha dicho…

—Desnude a dos hombres y tome dos trajes de marinero y cuanto poseen. Póngalo sobre dos esqueletos y sitúe éstos donde puedan ser hallados, con más o menos dificultad, tras la desaparición previa del par de marinos. ¿Qué tenemos? Un cuadro que sugestiona justamente en la forma en que alguien desea que suceda. Para todos, Watkins y Mulder han muerto, misteriosamente desintegrados a bordo del Mary Jane.

—Infiernos, Kirby. ¿Y qué ganaría nadie con semejante patraña? —dudó Wallace.

—Eso me pregunto yo. ¿Qué ganarla alguien con eso? Y sólo se me ocurre una respuesta.

—¿Cuál?

—Que huyamos de aquí. Que nos alejemos… del Mary Jane, dejándolo a merced de su suerte en el Atlántico, vacío y perdido. El miedo supersticioso de los marinos podría lograrlo.

—Pero ¿por qué dejar este viejo cacharro que aparece totalmente vacío y sin interés para nadie?

—Exacto. ¿Por qué, capitán? Una respuesta obvia se me ocurre: porque hay algo a bordo que sí interesa, aunque nosotros no sepamos verlo.

—Supongamos que fuera así —admitió con gran sentido práctico el capitán Wallace, en tanto un cerco mudo y expectante de marineros nos servía de auditorio bien atento—. ¿Cómo se haría el juego? Cambiar unos cuerpos humanos, vivos o muertos, por un par de esqueletos, desnudando a los primeros para vestir a los segundos, requiere una serie de maniobras determinadas. Hacer desaparecer a Baker y sus cuatro hombres en la misma cubierta de babor, hacia popa, también. ¿De dónde llega esa fuerza? ¿Del cielo?

Y señaló hacia la negrura que se suspendía sobre nosotros como una losa de tinieblas. Los marineros miraron preocupados hacia arriba. Yo sonreí y negué con la cabeza. Señalé en dirección totalmente opuesta.

—No, capitán —dije—. Todo lo contrario. Es mucho más fácil. No viene de arriba, sino de… abajo.

—¿Abajo? —El capitán Wallace pateó con ira la cubierta del

viejo barco—. ¿De aquí? ¿De las bodegas de este trasto?

—No —dije—. De más abajo. Del fondo del mar, capitán… ¿Recuerda su comentario? Se dejaría triturar por las hélices… Para ello tendría que descolgarse bajo el agua. Justamente lo que creo ha hecho nuestro misterioso e invisible enemigo durante todo este tiempo…

En ese preciso instante, el pánico se desató de nuevo en nuestro grupo.

Y la culpa de ello lo tuvo un terrorífico alarido que brotó de alguna parte del vetusto y chirriante navío… mientras de la chimenea del barco, caía algo sobre nosotros, golpeando huecamente en nuestros cuerpos primero, y luego en la cubierta.

Un rugido colectivo de pánico supersticioso, conmovió a nuestro grupo. Vi huir a los marineros armados en todos sentidos, con rostro lívido, demudado, como si mil piratas del pasado cayeran de súbito sobre nosotros, a cuchillo.

Y, sin embargo, la razón de todo aquel repentino terror, era infinitamente más simple y en apariencia inofensiva. Pero de un cariz espeluznante que justificaba aquel soplo repentino de pánico.

Era… otro esqueleto. Vestido con el uniforme del oficial Baker. A las luces lívidas de los proyectores del Dixie Lou, su descarnada faz de calavera, sus manos huesudas y engarfiadas, brillaron extraña y malignamente en las sombras de la cubierta endemoniada del Mary Jane…

CAPÍTULO V

RUMBO A LOS SARGAZOS

Me incorporé lentamente, moviendo la cabeza con escepticismo.

—Es un esqueleto humano, de eso no hay duda —manifesté—. No se trata de ningún juguete o pieza de plástico. Pero nada nos dice que sea realmente el del oficial Baker, pese a sus ropas. Es más, parecen huesos limpios de toda envoltura carnal hace algún tiempo.

—Es alto. Y de ancha estructura —señaló pensativo el capitán del Dixie Lou—. Así era Baker…

—Muchas personas son altas y fornidas, sin necesidad de que sean el oficial Baker —rechacé, ceñudo, mirando a los marineros que, tras el momento inicial de pánico, habían recuperado su serenidad y buen juicio, al menos momentáneamente—. Esto no altera mi teoría, capitán.

—¿No? —Dudó el veterano marino—. ¿Cómo explica que… que lloviera del cielo?

—Particularmente, no creo que proceda de las alturas, capitán —sonreí—. Despójese de todo prejuicio supersticioso. Usted es hombre de estudios, culto e inteligente. Ha visto caer ese esqueleto… desde la chimenea de este barco. Pudo estar situado allí, hasta ceder sus ligaduras de sujeción… o pudo ser proyectado desde alguna parte, para rebotar en la chimenea, y caer entre nosotros. Es un puro problema de cálculo balístico, casi elemental.

—Pero… ¿de dónde enviarían ese saco de huesos? —rezongó Wallace, realmente malhumorado por el curso grotesco y, a la vez siniestro, de los últimos acontecimientos.

—De donde le dije, capitán —suspiré—. Del mar. Tal vez del fondo, tal vez de la superficie. Pero imagine una nave submarina, bajo este viejo casco… no lejos del timón y, por tanto, de la popa.

Imagine un proyector o disparador a presión hacia la altura… e imagine hombres-rana de ropas tan oscuras como las del mar y la noche, moviéndose para secuestrar a los hombres dejados aquí, ya sea por la fuerza o usando un gas narcótico para facilitar dicha maniobra lo más rápida y silenciosamente posible.

—¡Una nave submarina! —Se asombró Wallace—. ¿Debajo del Mary Jane?

—Creo que es la única teoría válida, capitán —suspiré—. He dado muchas vueltas en mi mente al asunto durante estos últimos minutos. Y estoy seguro de lo que digo.

—Muy bien. —Wallace me contempló, dubitativo, sin saber qué partido tomar—. Imaginemos que eso es cierto. Tendríamos que enviar abajo uno o varios hombres-rana para aseguramos de ello… sin ser vistos por el enemigo.

Sacudí la cabeza, escéptico. Me asomé a la borda, tratando de ahondar con mis ojos en profundidades imposibles de taladrar, bajo las aguas agitadas por el oleaje entre ambos barcos. Eso era imposible, naturalmente. Pero algo me decía que yo estaba en lo cierto en mis sospechas, y que allí dentro, bajo nuestros pies y bajo el feo y mohoso casco del Mary Jane podía estar la clave del misterio que, de alguna forma, se inició en los Sargazos, tiempo atrás.

—Sí —admití—. Unos submarinistas podrían hacerlo. Yo soy especialista en inmersiones, para mis estudios biológicos en el fondo del mar. Los oceanógrafos tenemos gran experiencia en esa materia. Pero mucho me temo que no sirva ya de nada.

—¿Qué?

—Capitán Wallace, sospecho que la caída de ese esqueleto entre nosotros, ha sido como el último juego de artificio de esos ocultos adversarios que quizá naveguen bajo la superficie, protegiéndose de ser detectados a través del sonar, gracias a su sistema de ir virtualmente pegados a otra embarcación mayor, que anule sus propias radiaciones en el mar.

—Esperemos que no sea así —resopló Wallace. Miró a sus hombres—. Volvamos a bordo todos. Este barco quedará solo por completo, aunque seguiremos remolcándolo mientras sea humanamente posible. Y desde el Dixie Lou, descenderán cuatro hombres-rana al fondo del mar, bajo el casco del Mary Jane. Usted,

señor Kirby, será quien lleve el mando de ese grupo…

—Será un honor, capitán —acepté con sencillez.

Volvimos a bordo. Allí nos aguardaba la última y terrible conmoción de aquella noche de pesadilla.

No. No había desaparecido súbitamente, como por arte de magia, la tripulación completa del capitán Wallace. Sencillamente, el mal estaba en la enfermería.

Hallamos al doctor Gallagher inmóvil, tendido sobre un charco de sangre, en medio de la aséptica, amplia cámara.

Había sido violentamente atacado y herido. De nuestra misteriosa huésped, la bella dama de ojos de gato, ni el menor rastro. Nadie supo lo que había sucedido. Nadie se había enterado siquiera de ello.

Pero el médico yacía allí ensangrentado. Y la enigmática y hermosa criatura, se había evaporado, sin dejar la más leve huella de su paso por el Dixie Lou…

* * *

La noche puede ser oscura. Pero nunca como lo es en alta mar. Y jamás como lo es en el fondo de las simas marinas.

Ni siquiera nuestras luces especiales, adheridas a los trajes dé negra goma para inmersión despejaban las sombras densas, allá delante, entre algas viscosas, rocas, líquenes y toda clase de peces de las altas latitudes marítimas del Atlántico.

Acaso por la proximidad de las corrientes marinas y del propio mar de los Sargazos, ya era ostensible en aquellas zonas. Los juegos azules, profundos y sombríos, eran como tules y gasas salpicadas de fulgores ambarinos, allá en la profundidad marina.

Al girar mi cuerpo entre las aguas, a la cabeza del reducido grupo de hombres-rana armados con fusiles de caza submarina, y provistos de bengalas luminosas para el fondo marino, vi sobre nuestras cabezas, entre bandadas de peces asustados, agitar de musgos y líquenes, y ondear de un juego fantástico de luz y agua, la sombra alargada y pesada del casco del Mary Jane, navegando sobre nuestras cabezas, a remolque del Dixie Lou, ahora a toda máquina hacia el mar de los Sargazos, punto de nuestra cita con el Neptuno, de la Real Marina Británica, dedicado a tareas de observación oceanográfica, y llegó a parecerme un abominable

monstruo flotante. O acaso un gigantesco ataúd sobre las aguas, en el que todos podíamos terminar reposando en cualquier momento, por toda una eternidad.

Al contrario del Moby Dick de Melville, simbología del Mal y, por paradoja, de las propias fuerzas cósmicas de la Divinidad, aquella masa no era blanca como la ballena mítica de la obsesión del capitán Achab, sino de un negro espeso como la noche, acaso como la misma Muerte…

Me preguntaba muchas cosas en ese momento. Sobre todo, por qué el desastroso buque de Providence había sido elegido, precisamente, como centro de una intriga increíble y desconcertante, que lograba despertar dolores en mis sienes, de tanto reflexionar y dar vueltas a lo ilógico que, sin embargo, alguna lógica oculta debía tener en el fondo.

Pero toda duda, toda pregunta, toda posible disquisición simplemente deductiva, se borró de mi mente cuando vi aquello. El cable cortado, flotando en las aguas, a remolque del barco viejo que a su vez, era remolcado Atlántico arriba.

Me aproximé, buceando como un pez. Expulsaba con mis pulmones el aire alojado, en forma de un raudal de burbujas, y tomaba de mis bombonas de oxígeno el preciso para sentirme capacitado en aquellas maniobras en aguas frías, oscuras y peligrosas.

Toqué con mi mano enguantada de goma negra el cabo deshilachado del cable metálico, duro y elástico. Recorrí su tramado hasta cerca del batir de las alas de las hélices, de las que procuré mantenerme prudencialmente alejado. Mi teoría se confirmaba.

Algo fue remolcado por el Mary Jane. Pero ese cable alteraba un poco mis deducciones. Lo suficiente para imaginar que en todo aquel juego infernal, había algo más, mucho más que simple superstición.

Fuese como fuere, una nave submarina había sido remolcada por el Mary Jane, bajo las aguas, a escondidas de todo posible observador en la superficie. Esa nave, llegado el momento, se desprendió de su cable, partiendo lejos de aquel lugar que, sin duda, consideraron ya peligroso para su permanencia. Y ahora ya no estaba allí.

Hice unos ademanes a mis compañeros de inmersión. Ya nada

teníamos que hacer bajo la superficie marina. La presa había huido, con la clave misma del misterio.

Subimos hacia el Dixie Lou. Era lo único que se podía hacer ya.

* * *

—¿Cómo va eso, doctor?

—Algo mejor —se quejó Gallagher, moviendo su vendada cabeza con un gesto de vivo dolor. Se tocó los vendajes con ambas manos, y trató de incorporarse en su litera, pero hubo de dejarse caer atrás, apenas las náuseas y mareos le asaltaron. Se quejó, con voz lastimera—: Oh, cielos, el único médico a bordo… y debo ser yo el paciente ahora. Esto no tiene sentido.

—Nada lo tiene, doctor —se quejó con amargura el capitán Wallace, paseando por la enfermería como un tigre enjaulado—. Estoy deseando abandonar estos mares y olvidar para siempre al Mary Jane, a los Sargazos y todo lo demás…

—No, capitán —repliqué con amarga sonrisa—. Está deseando todo eso… pero no antes de que recupere al oficial Baker, a Watkins, a Mulder… y a los demás, sea sincero.

—¡Recuperarlos! —Repitió con acritud—. Estoy seguro de que están muertos. Todos lo están ya, Kirby. Es inútil andarse con falsas esperanzas…

—Capitán, yo le dije que dudaba mucho de su muerte. Al menos, de que ellos fuesen esos esqueletos que hemos encontrado a bordo del Mary Jane. Ahora, estoy más seguro que nunca. Y me confirma en ello el hallazgo bajo la superficie del mar.

—¿Ese cable roto?

—Sí. Ese cable roto. Hubo algo bajo el barco. Algo que se marchó ya. Eso coincide con mi teoría.

—Usted habló de un submarino. Ningún submarino necesita ir sujeto a un cable, y remolcado por el viejo Mary Jane.

—Estoy convencido de ello. Cometí un error de matiz. Era un vehículo subacuático… pero no independiente. No tiene autonomía de movimientos, y debe ser remolcado. Un batiscafo explica eso, capitán.

—Un batiscafo… —Los ojos de Wallace brillaron—. Sí, eso sería muy posible, Kirby… Pero ¿adónde fue a parar, si no tiene autonomía de navegación?

—Es sencillo: llegó otra nave capaz de remolcarlo lejos de nosotros y del Mary Jane. En este caso, ya resulta obvio que sí hay un submarino por medio: el que se llevó al batiscafo, remolcándolo ahora bajo las aguas, lejos de nosotros… con todo cuanto llevase a bordo. Incluidos nuestros siete hombres ausentes.

—¿Los siete? —dudó Wallace, perplejo.

—Y alguien más —suspiré—. La dama de los ojos de gato, nuestra amnésica joven…

—¿Ella? —El doctor Gallagher dio un respingo en su litera. Los ojos se le abrieron enormemente, y gimió al sentir dolor en su cabeza dañada—. Oh, cielos… ¿Cómo pudieron llegar a bordo los tripularles del batiscafo?

—Como lo hicieron a bordo del Mary Jane. Es más: aquí tenían la ventaja de que toda la tripulación estaba pendiente de nosotros, en nuestra excursión al viejo barco. Aprovecharon el momento sus hombres-rana para subir al Dixie Lou, atacarle a usted… y llevarse a la desconocida joven. Todo muy sencillo, ¿no cree?

—¿Sencillo? —Tronó agudamente la voz del capitán Wallace—. Cielos, Kirby, ¿qué es lo que está diciendo? ¡Aquí no hay nada sencillo! ¡Todo es de una complejidad que aturde! ¿Qué supone que está sucediendo? ¿Tal vez los rusos o los chinos planean la Tercera Guerra Mundial y…?

—Por Dios, capitán, no diga barbaridades —reí entre dientes—. Los rusos y los chinos no creo que estén pensando en desencadenar nada, ni esto tiene por qué ser una cosa de esa clase. Sencillamente, estamos ante un enigma inexplicable, pero no todo se justifica siempre a través de tremebundas historias de espionaje…

—Doctor Gallagher, ¿qué fue, exactamente, lo que sucedió a bordo del Dixie Lou, mientras nosotros estábamos a bordo del Mary Jane? Apenas si presté atención antes a su relato, a causa de la excitación que me invadía —murmuró Wallace.

—No es fácil explicarlo, señor, pero sí rápido —suspiró con disgusto el médico, inclinando su cabeza con aire resignado—. Estaba yo solo en la enfermería, y la muchacha amnésica dormía profundamente, bajo los efectos de los sedantes, cuando… cuando oí esos disparos de fusilería a bordo del Mary Jane…

—Fue mi idea —rezongó, algo avergonzado de sus propios impulsos el buen capitán Wallace—. No sé, pero creo que ahora se

ve todo tan ridículo… Disparando contra las sombras, contra la nada, como un hatajo de estúpidos, conmigo, el mayor, a la cabeza…

—No, capitán —murmuró Gallagher—. La verdad es que no le censuro nada. Creo que usted hizo bien. Sólo me refería al hecho en sí. El estruendo atrajo mi atención. Me acerqué a ese ojo de buey, para ver mejor lo que ocurría en el viejo barco. Sólo pude distinguir los fogonazos de las armas automáticas, disparando al aire… De repente, tuve la rara sensación de que a mis espaldas sucedía algo, de que había sonado un ruido en la enfermería. Pensando que algún marinero venía a ser atendido por cualquier causa, me volví, sin temer cosa alguna especial y…

—¿Y…? —le alentó el capitán, con un resoplido.

—Creo que ambos conocen el desenlace de los hechos, señor —se lamentó el médico americano, con el cargo de oficial de Sanidad de la Marina Mercante—. Apenas giré la cabeza, algo estalló brutalmente dentro de mi cerebro con un destello cegador, y no recuerdo nada más. Lo cierto es que perdí la noción de cuanto me rodeaba, y que lo único que recuerdo… no tiene el menor sentido, al menos para mí.

Miré al capitán Wallace, y luego al doctor Gallagher, con aire pensativo. Le pedí amablemente, con voz persuasiva:

—Por favor, doctor, a pesar de lo que usted crea, le agradecería me repitiera lo que creyó ver ante sus ojos al girar la cabeza, justo cuando ese estallido de luces en su mente le llevó a la inconsciencia. Ahora que puede pensar con más calma, mucho más fríamente, ¿de verdad sigue creyendo que vio usted un… un…?

—¿Un vegetal viviente? —jadeó el médico, estremeciéndose muy pálido. Afirmó, enfático, bajando los ojos, incapaz de soportar nuestras inquisitivas miradas—. Si, Kirby. Eso es lo que vi dentro de esta enfermería, moviéndose monstruosamente ante mí. Una especie de enorme musgo, de plancton viviente, dotado de algo parecido a un… a un rostro medio humano, perdido entre líquenes y masas musgosas… Juraría que vi… que vi dos ojos como los de cualquiera de nosotros, en medio de aquella masa. Es más, juraría que tenían algo en común con los de nuestra bella paciente y que… que parecían los ojos amarillos y fosforescentes de un gato. Pero con una malignidad humana en su modo de contemplarme…

Baja su cabeza, sin cruzar sus ojos con los nuestros, permaneció como aletargado. Wallace y yo nos miramos. No sabía cuál era el color de mi piel, pero imagino que debía ser tan pálido como el de Gallagher o el de su superior, el capitán. Tras un silencio tan largo como difícil, fue él mismo quien argumentó, abatido:

—Naturalmente, puedo estar en un error. Apenas fue un segundo, quizá mucho menos… y yo estaba confuso, aturdido por los sucesos de a bordo, preocupado por esa inquietante muchacha que yacía en la litera… Sí, capitán. Lo admito. Tal vez vi visiones. Quizá me equivoqué por yo quien más necesite de los cuidados de otro médico.

Wallace no supo qué decir. Yo, sí:

—No, doctor Gallagher —rechacé con voz fría—. No creo que viese visiones ni sufriera alucinaciones. Usted, sin duda alguna, vio lo que creyó ver…

—¿Cómo? —Aulló Wallace, mirándome aturdido, en tanto enrojecía violentamente—. ¿Pretende burlarse de él y de mí, Kirby?

—Por el contrario, capitán —suspiré—. No me burlo de nadie. Estoy seguro de que eso que vio Gallagher fugazmente, era lo que tanto temía la muchacha de ojos felinos… El monstruo de los Sargazos. Él, en suma… Y «él», naturalmente… sólo en los Sargazos podrá ser hallado, sea lo que fuere…

En ese preciso momento, una formidable explosión sacudió todo el Dixie Lou.

A bordo, estalló el pánico. Capté un clamor de voces aterrorizadas, justo cuando todo el barco parecía bambolearse, y nosotros mismos fuimos arrojados brutalmente contra los muros de la enfermería, mientras todo el barco temblaba aún, sacudido por la imprevisible y dramática convulsión.

* * *

Allí estaba al fin.

Ante nosotros. A plena luz del día. En las primeras horas de la tarde, eso sí. Pero con el sol todavía sobre el Atlántico. Inmenso, flotante, raro y espeso, como una materia sólida que formase parte del mar. Igual que una costra parduzca, verdosa y amarillenta, de extensión increíble.

Era el mar. El misterioso, casi mítico mar de los Sargazos, de las

mil supersticiones marineras a través de los tiempos. Escondrijo de seres dantescos, de fabulosos seres del mar, de tesoros de incalculable valor, apresados eternamente en viejos galeones españoles o ingleses, que incluso la Historia había olvidado.

Yo he estado muchas veces en los Sargazos. Y puedo afirmar que todo, absolutamente todo o casi todo, es mentira. Forma parte de la leyenda del mar. Como el Holandés Errante o las sirenas que atraían a los barcos a los arrecifes. Como Poseidón, Neptuno o las serpientes marítimas al estilo de la que se ve cada verano en Loch Ness.

Los Sargazos…

Confieso, sin embargo que, por primera vez, sentí un escalofrío al verlo frente a mí. Aquella superficie de algas arrastradas desde los litorales, hasta constituir una materia casi sólida por completo, salvo traicioneras grietas y hendiduras en su costra verdosa, me era familiar. Sin embargo…

No fue solamente el terror instintivo de la muchacha amnésica. Ni el relato escalofriante del doctor Gallagher, o la existencia de los sucesos increíbles, a bordo del Mary Jane, nuestro feo navío remolcado contra viento y marea.

No, no fue eso. Ni siquiera las consecuencias de la dramática explosión a bordo, justamente la noche antes.

El hecho de que una misteriosa carga explosiva hubiera inutilizado totalmente los instrumentos y métodos de comunicación de a bordo, dejándonos virtualmente a merced de nosotros mismos, sin radio ni ningún otro medio de transmitir o recibir noticias ya fuese con tierra firme o con otras embarcaciones, no alteró la impresión extraña y terrible que me causó ese día la visión súbita del mar inmóvil, como yerto, siempre flotando a lo largo de cientos de millas, siempre con su leyenda de misterio y de fábula en tomo.

No podía culpar a los tripulantes del Dixie Lou, cuando les vi persignarse a la mayoría, eludiendo mirar hacia aquella masa de sargazos cohesionados entre sí hasta tejer el más inverosímil de los mares imaginables.

No había, por supuesto, rastro de viejos galeones. Nunca lo hubo, que yo supiera, a pesar de todas las leyendas. Y si alguna vez los hubo, la propia presión de las masas de algas debió resquebrajar sus cascos y enviarlos al fondo, muy al fondo, donde las corrientes

marinas diluirían su maderamen podrido, y acaso alejarían millas y millas las posibles joyas y piezas de oro de sus míticas cargas. Cuando menos, yo no sé de ningún buscador de tesoros que haya hecho su fortuna en los Sargazos. Es más: los expertos en tales cosas, huyen de ese lugar despectivamente, sin concederle importancia alguna.

Había una embarcación navegando en tomo a la ingente masa de algas flotantes. No entraba en el laberinto viscoso, sino que lo bordeaba con una marcha muy lenta, muy parsimoniosa, que me sorprendió.

Miré a través de los prismáticos. Era el Neptuno, al servicio de las investigaciones oceanográficas de la Marina Real británica. Mi barco de destino. No muy amplio, pero moderno, veloz y bien equipado para la investigación marítima. Lo raro es que se moviera tan lenta, tan pausadamente en tomo a los Sargazos.

—Ahí está —dije, volviéndome al doctor Gallagher, que se apoyaba en la borda, con un aspecto relativamente saludable—. Es el Neptuno.

—Ya veo. Tendremos que hacerle señales ópticas. Esa maldita explosión…

—Cuando menos, espero que el Neptuno sí tenga medios de comunicar por radio —dije—. Hay que informar a las autoridades navales británicas y norteamericanas, e incluso a las de muchas otras naciones, sobre lo sucedido en el Atlántico, y la historia del Mary Jane.

El doctor me contempló pensativo, frotándose el mentón. Su pregunta no me sorprendió demasiado:

—¿Qué supone usted que ocurrió?

—Me gustaría saberlo. Las primeras investigaciones parecen probar la existencia de un ingenio explosivo a bordo, aplicado a los sistemas de comunicación. El destrozo es absoluto. Quien lo puso, sabía que sus resultados iban a ser demoledores.

—Pero… ¿por qué?

—Siempre la misma pregunta, doctor: ¿por qué? Y siempre sin respuesta… Imagino que a alguien no le interesaba que notificáramos a lugar alguno cuanto estaba sucediendo. Y antes de comprender que nuestro silencio, aislados en el mar, podía beneficiar a otras personas, el artefacto estalló, hiriendo al operador

y dejando totalmente inutilizados todos los instrumentos de a bordo en la cabina de comunicaciones. Eso, en alta mar, y en una ruta tan poco frecuentada por las líneas regulares, significa una demora de semanas en informar a alguien de cualquier hecho acaecido… a menos que el Neptuno esté en condiciones de transmitir y recibir noticias.

—¿Cómo? —Se horrorizó el doctor Gallagher—. ¿Trata de insinuar usted que… que podría haberle sucedido algo semejante también al barco inglés, Kirby?

—Sí —admití gravemente—. Eso es lo que trato de decirle. Y algo más, doctor: Dios quiera que me equivoque, pero las maniobras y evoluciones del Neptuno me hacen temer que… que también tiene averiadas las máquinas… y no es capaz de moverse a más velocidad, ni tampoco reparar sus medios de locomoción…

El doctor Gallagher me miró con repentino terror. Vi el destello de angustia en sus ojos inteligentes y vivaces.

—Pero… pero eso, Kirby, podría significar… ¡que nosotros también corremos igual peligro, y podríamos quedamos todos anclados aquí, en este desolado paraje, por un tiempo demasiado largo… en el que cualquier cosa puede suceder!

—Exacto, mi querido doctor —asentí despacio, con aire sombrío —. Y, desde luego, cualquier cosa que no será, nunca, nada bueno ni previsible…

Como si el destino quisiera confirmarme tal aseveración, a espaldas nuestras sonó una voz helada, implacable y amenazadora:

—Cierto, caballeros… Y esas cosas están empezando ya a suceder… Es mejor que no intente nada usted ni el doctor, Kirby… o esta vez sí será cierto que sus cuerpos se convertirán en pocos segundos en simples esqueletos… Juro que así será, en cuanto note algo sospechoso en ustedes dos.

Gallagher y yo nos volvimos, con sobresalto. Comprendimos que no había nada que hacer. Estábamos cercados. Eran varias las armas que nos encañonaban. Y sus dueños, eran personas en las que siempre hubiéramos confiado: ¡los propios marineros del Dixie Lou!

A su frente, metralleta en mano, figuraba el hombre que nos había amenazado, capitaneando el grupo ominoso.

¡El propio capitán Wallace!

CAPÍTULO VI

EL CENTRO DE LA TELARAÑA

El capitán Abner Carruthers nos contemplaba con rara expresión en sus fríos ojos inescrutables. No decía nada. No expresaba apenas nada. Aun así, le veía raro. Quizá porque en esa actitud estaba lo raro, precisamente.

Conocía poco al capitán Carruthers, de la Marina de Su Majestad. Pero era lo suficiente para saber cómo era y cómo acostumbraba a reaccionar ante los imprevistos.

Y que el diablo mismo me llevara, si es que ello podía empeorar más aún las cosas, si esto no era un imprevisto absoluto. En cambio, el viejo y enérgico marino de Liverpool, aparecía como si todo aquello no le importara lo más mínimo.

A bordo del Neptuno, las cosas no eran mucho mejores que en el Dixie Lou, por desgracia para Gallagher y para mí. Creí ver un calco exacto de los hechos incongruentes que habían ido a desembocar en el último y gran disparate.

El doctor y yo éramos prisioneros del capitán Wallace y su tripulación. Absurdo, pero totalmente cierto. Ahora, trasladados en una canoa motora a bordo del Neptuno, de la Real Marina británica, todo continuaba igual o peor. Peor, diría yo. Porque, cuando menos, hasta ese preciso instante, alimenté algunas esperanzas. Ahora, todas se disipaban como una neblina en el mar, al ser herida por el sol. Unicamente que a nosotros no era el sol lo que nos diluía toda esperanza, sino la más tenebrosa de las oscuridades imaginables.

—Kirby, quisiera entender algo, por poco que fuera, de todo esto —se quejó a mi lado el doctor Gallagher.

—Yo también —confesé abruptamente, hundido en mis cavilaciones, que no tenían nada de esperanzadoras ni halagüeñas

para él o para mí.

Desde el Dixie Lou, desprovisto de todo sistema de comunicación, pasamos a bordo de mi propio barco de destino, aquél en el que se suponía que yo debía investigar las profundidades marinas, en torno a los Sargazos, para determinar ciertas clases de procesos biológicos de la flora y la fauna marítimas en aquella zona.

Y en el Neptuno, comprobé prestamente que la situación era aún peor. Y muy semejante a como yo había imaginado.

No sólo no funcionaba la radio y la telegrafía sin hilos, sino que las máquinas estaban casi paradas, afectadas por alguna avería que, de momento, era imposible investigar, dado el cariz del ambiente que nos esperaba a bordo.

El capitán Carruthers era un disparate viviente tan grande como el propio capitán Wallace, su colega norteamericano. Ambos se miraron larga, fría y silenciosamente. No vi el más leve asomo de sonrisa en sus labios. Tampoco inteligencia en sus rostros. Pero inclinaron mutuamente sus cabezas, como en un saludo tácito, y ahí quedó todo.

Carruthers me contempló entonces, con aquella extraña frialdad que logró helar mi sangre en las venas, cuando menos unos cuantos grados por debajo de lo que ya lo estaba. Me sentí perdido entre seres tan alejados de mí como unos marcianos de ciencia ficción.

—Bienvenido a bordo, Kirby —me saludó heladamente el capitán del Neptuno sin desviar de mí sus ojos, intensamente claros y cristalinos—. Porque usted es Cameron Kirby, ¿no es cierto, amigo mío? El notable biólogo marítimo Cameron Kirby…

Asentí, aunque no parecía necesario en absoluto. Sí, él sabía bien que yo era Cameron Kirby. Nos conocíamos, aunque no demasiado. ¿A qué venía su pregunta? ¿Por qué esa entonación mecánica, fría y monocorde, que me hizo recordar la del capitán Wallace, a partir de su insólita actitud en el Dixie Lou, cuando nos sorprendió, arma en mano y rodeado del resto de la tripulación, a Gallagher y a mí?

El doctor me miró significativamente, de soslayo. Y yo a él.

—Él es el doctor Glenn Gallagher —explicó con sequedad Wallace, acercándose a nosotros. Y señaló a mi compañero—. Creo que todo está bien así, ¿verdad, capitán?

—Sí —asintió pausadamente Carruthers—. Todo está bien. Gracias, capitán.

Se saludaron como dos marinos en el cumplimiento de su deber. Me parecieron dos monigotes incoherentes, pero debía habituarme a eso. De hecho, estaba habituándome ya, por raro que todo ello me resultara.

—Como verá, señor Kirby, no podemos salir del mar de los Sargazos —me explicó el capitán Carruthers—. Nuestras averías son importantes. Tampoco podemos pedir ayuda. Las comunicaciones a bordo, no funcionan. Ni pueden repararse.

—Lo suponía —dije—. ¿Sabotaje, capitán?

—¿Sabotaje? —Se encogió de hombros—. Puede llamarse así, si le gusta.

Gallagher hizo un gesto exasperado, mirándole a él, a Wallace, a mí. Parecía a punto de estallar. Creo que lo hubiera hecho, agrediendo a cualquiera de ellos. O a ambos a la vez. Pero algo lo impedía: estaba esposado. Exactamente igual que yo.

—¡Me volveré loco, Kirby! —Aulló—. ¿Qué significa todo esto? ¿Es que el mundo entero sufre los efectos de una droga demencial… excepto nosotros dos?

Le miré. En cierto modo, tenía razón. Sólo en cierto modo. Cuando menos, había atinado en algo concreto. Asentí despacio.

—Sí, doctor. Excepto nosotros dos… algo les ocurre a los demás. No me pregunte el qué, por supuesto. Pero somos diferentes a ellos.

—¿Por qué? —gimió.

—No sé. Usted… usted sólo tiene algo diferente respecto a los demás —señalé su cabeza—. Está herido. En el cráneo.

—¿Y qué diablos tiene eso que ver, Kirby? —refunfuñó—. Es tan incongruente como todo lo demás, suponer que mi herida…

—Yo, sin embargo, así lo creo —afirmé—. Es más: estoy seguro de ello. Su herida le hace ser diferente.

—¿Diferente? ¿Por qué? En ese caso, ¿qué sucede con usted, que también se comporta normalmente entre un hatajo de chiflados que me aterran?

—Justamente lo mismo —sonreí—. Por eso se me ocurrió la idea. Su comentario… y luego el hecho de que coincidamos en algo…

—¿Coincidir? ¿En la herida? Usted no ha sido dañado, Kirby…

—Se equivoca en algo —suspiré, tocándome la parte posterior, bajo el occipital—. Una vez sufrí una grave herida en una inmersión, golpeándome contra unas rocas. Me salvaron, pero sufría un serio daño, una fractura en la corteza craneal. Una placa de plata resolvió el problema. Nunca me ha molestado apenas. Y ahora, de repente… resulta que esa placa de plata me libra de lo mismo que a usted: de ese viento de locura que parece azotar a todos cuantos nos rodean, en ese ambiente de pesadilla.

—La placa de plata… Mi herida en la cabeza… Por todos los diablos, Kirby, termine con esas deducciones. ¿A qué se refiere? —demandó angustiado el doctor Gallagher.

—Sencillamente a esto: nuestras alteraciones cerebrales, por salirse de lo normal, impiden que nuestros cerebros estén dominados por «algo» que sí domina a todos los demás… y los convierte en autómatas humanos, en auténticos robots al servicio de alguien…

—Robots… —contempló a Carruthers, a Wallace, a los marineros de ambas dotaciones, en la cubierta del Neptuno, rodeados de parduzcas masas de algas por doquier, en la quietud casi espectral del mar de los Sargazos—. Dios mío, Kirby… Es eso… Autómatas… ¡Son autómatas, están como… como hipnotizados, dirigidos por una voluntad superior que los controla a todos! ¿Es… es eso?

—Sí, Gallagher —suspiré, aturdido todavía por mis propias conclusiones—. Es eso. Reciben unas órdenes programadas desde algún punto. Se limitan a obedecer como muñecos. Han perdido la voluntad propia. Sólo sirven a alguien…

—Alguien… pero ¿quién, Kirby?

—Es obvio —me encogí de hombros pesadamente—. “Él”, doctor, ¿recuerda…? El monstruo de los Sargazos… Aquél a quien tanto temía una bella y extraña muchacha de ojos de gato, que encontramos perdida a bordo del Mary Jane…

—Y ese… ese monstruo… ¿qué o quién puede ser? —musitó Gallagher, lleno de horror.

Iba a responderle con la verdad: que no tenía la menor idea, cuando alguien respondió por mí, a espaldas del capitán Carruthers, de la Real Marina de Su Majestad.

—Yo, caballeros. Yo soy el monstruo de los Sargazos… ¡y

ustedes, según parece, son mis únicos prisioneros capaces de resistirse a mi poder!

Gallagher y yo miramos en esa dirección, con un estremecimiento. Él lanzó un ronco grito de incredulidad. Yo no dije nada. Había llegado a pensar que estaba curado de espantos, y ya nada podía emocionarme o sobresaltarme, y mucho menos aún sorprenderme.

Pero estaba equivocado. Ahora sentí más sorpresa que nunca.

Porque el llamado Monstruo de los Sargazos, quien admitía tener autoridad total y absoluta sobre todos los seres humanos reducidos a su condición de autómatas vivientes, era, nada menos… ¡La muchacha de los ojos de gato!

—Sí —insistió ella suavemente, complaciéndose en nuestra inmensa sorpresa—. Yo, Goldie Vickers… soy el Monstruo. Soy el supremo poder de los Sargazos…

* * *

—Sí. Es cierto. No les ha mentido. Ella es el poder absoluto en este lugar del diablo…

Me limité a escuchar sus lentas palabras, cargadas de amargura. Gallagher, agotada ya su capacidad para sorprenderse por nada, parecía tan campante en aquella nueva situación increíble en que nos hallábamos.

Y la persona que nos acompañaba ahora en nuestro cautiverio, había sido aceptada por ambos como la cosa más natural del mundo. A pesar de ser quien era.

Después de lo ocurrido a bordo del Neptuno, ésta era una nueva sorpresa, un trance más, en una sucesión increíble y vertiginosa de hechos sin posible explicación aparente. Por tanto, ¿qué más daba aceptarlo todo como lo más natural del mundo, y echárselo tranquilamente a la espalda?

Sólo así era posible que Gallagher y yo estuviéramos allí acomodados, con nuestras muñecas esposadas, escuchando tranquilamente lo que nos decía… una hermosa mujer, compañera nuestra de cautiverio.

Una mujer.

La segunda que veíamos en el período de pocos minutos. A la primera, a Goldie Vickers, la conocíamos ya de antes. Tras su

misteriosa desaparición a bordo del Dixie Lou, reaparecía en el Neptuno, en el mar de los Sargazos, como la cosa más natural. Y resultaba, además que la historia del supuesto «monstruo» sólo había existido en su imaginación, mientras estuvo sometida a la acción del pentothal —que posiblemente no le afectó en absoluto—, y nos representó una hermosa ficción de amnesia y de terror.

Ella era el poder misterioso de los Sargazos. Un poder del que teníamos ya abundantes y terribles pruebas, pero cuya naturaleza y móviles desconocíamos por completo. Por tanto, «él»… era «ella». Y si había un monstruo real, lo era solamente por poder psíquico, por fuerzas desconocidas y por extraños atributos que no parecían de este mundo.

La muchacha de los cabellos de miel, de los labios rojos y carnosos, del cuerpo sensual y lascivo, de los ojos dorados y verdes, fulgurantes, casi amarillos y fosforescentes cómo los de un felino en la oscuridad…

Ella era nuestro mortal enemigo escondido en la sombra.

Y otra mujer de rara belleza, diametralmente opuesta a la felina atracción sinuosa de Goldie Vickers… era su prisionera. Cautiva, como nosotros. Y ahora, momentáneamente, incluso compañera de celda. Esposada también preocupada por cuanto nos rodeaba. Pero no asustada, a juzgar por su apariencia. Había que ser muy valiente para no asustarse en ese trance. Interiormente, admiré el temple de la desconocida dama de cabellos negros como la noche, ojos oscuros y profundos, piel cobriza y cuerpo sinuoso y esbelto. Vestía pantalón negro, muy ceñido, y suéter de igual color, adherido a sus formas arrogantes.

Ella era quien había hablado, tras escuchar nuestras breves explicaciones al ser conducidos al camarote bajo del Neptuno, donde ella ya estaba cautiva al llegar nosotros. Y. al parecer, sabía más de Goldie y de su secreto que Gallagher y yo.

—Bien, señorita —murmuré tras escuchar sus palabras—. ¿Qué sabe realmente de ella?

—¿De Goldie Vickers? —Hizo un gesto expresivo, levemente inquieto—. Es un auténtico monstruo, pero sólo por su maldad. No es la primera vez que una belleza fascinante ha encubierto un alma perversa, capaz de todo.

—Pero todo eso ha de tener una explicación —señaló Gallagher

—. ¿Quién es, realmente, Goldie Vickers? ¿De dónde llegó, qué es lo que sucede en los Sargazos… y por qué posee semejante poder sobre los demás? Por otro lado, ¿quién es usted y qué hace aquí, señorita?

La prisionera sonrió, moviendo la cabeza. Su melena, negra como el azabache, se agitó, lustrosa y suave, como seda hilada. Había cierto tono burlón en su voz al responder a mi compañero de peripecias:

—Demasiadas preguntas, señor. No podría contestarle a todas en un momento. Pero veo que es mucho lo que ignoran sobre ella y sobre lo que aquí sucede…

—¿Mucho? —Reí entre dientes—. ¡Todo! Hemos llegado aquí sin saber exactamente cómo…

—Lo imagino —suspiró, entornando sus ojos insondables—. Es su modo de hacer las cosas. Lo sorprendente es que no estén también ustedes a su merced… Mentalmente quiero decir.

—Es curioso. Iba a comentarle a usted eso mismo.

—Lo imaginaba también —movió la cabeza afirmando—. Empecemos por presentarnos. Mi nombre es Vivian. Vivian Talbot.

—Yo soy Glenn Gallagher médico naval —dijo roncamente mi amigo.

—Y yo, Cameron Kirby, biólogo marino —suspiré—. Bien, ya están hechas las presentaciones, señorita. Ahora, veamos: ¿por qué estamos aquí precisamente nosotros tres? Mi amigo y yo, tenemos una razón aparente: unas heridas en nuestras cabezas, causadas por motivos diferentes. Eso nos ha inmunizado, por alguna razón, contra su fuerza mental. Pero… ¿y usted? No veo nada especial en su cabeza, salvo que, como yo, no lleve una placa de plata en el cráneo…

—No, no es eso —susurró ella, mirándome con fijeza—. Señor Kirby, algo hay de cierto en lo que usted dice. Ciertas anomalías mentales, pueden servir de… de protección contra ciertas ondas telepáticas.

—Es lo que imaginaba. Pero insisto: ¿y usted, señorita Talbot?

—Yo… se lo debo a mi padre.

—¿Su padre? —Pestañeé, sorprendido.

—Sí. Harlan Talbot, profesor en Cibernética y Neurología. Una eminencia en su especialidad.

—¡Harlan Talbot! —Repetí, de pronto, con asombro—. Desaparecido en alta mar, hace tiempo… Un hombre famoso por sus descubrimientos en el campo de la Cibernética y de los estudios neurológicos, relacionados con los impulsos electrónicos y…

Me detuve, excitado. Miré a la hermosa belleza morena. Ella asintió tristemente, con pálida sonrisa en sus jugosos labios fruncidos amargamente.

—Sí —dijo—. Eso es, justamente. Lo que usted piensa, señor Kirby. Harlan Talbot y sus hallazgos científicos… Goldie Vickers y su poder… Eso da la solución a la charada… Ahora, mi padre está reducido a la más abyecta esclavitud. Y yo, su hija, condenada a morir de un modo terrible, lo mismo que ustedes dos, puesto que no pueden someternos a la voluntad de ese poder diabólico a ninguno de los tres…

CAPÍTULO VII

GOLDIE

Era extraña la quietud en los Sargazos. El Neptuno, ni siquiera parecía moverse, en un clima de laxitud, de silencio. Alrededor nuestro, no parecía existir rastro alguno de vida humana. Y. sin embargo, a bordo mismo de aquel buque, muchos hombres existían aún, si bien yo me preguntaba si ese modo de existir era realmente vida, o una imitación muy pobre, que los reducía a todos a simples autómatas.

Deambulé por el camarote herméticamente cerrado, de puerta metálica y muros esmaltados, con fuerte olor a pintura. El ojo de buey estaba perfectamente encajado. Y al parecer, le habían asegurado por el exterior. Miré a través de él, pese a que mis movimientos quedaban muy dificultados por las esposas que ajustaban mis muñecas.

—El mar de los Sargazos… —suspiré cansadamente, volviéndome a mis dos compañeros de cautiverio—. Millas y millas de pradera de falsas hierbas, de superficie traicionera, repleta de grietas y boquetes que conducen a las profundidades y a las masas de algas, capaces de enroscarse en torno a las piernas y brazos del que cae, ahogándole en un cepo de muerte. Parece una enorme isla, un continente. Y no es más que una masa de musgos y de residuos de naufragios, formando una corteza peligrosísima… Ese silencio, esa ausencia de vida aparente… Cielos, me pregunto qué está sucediendo aquí… y cómo va a terminar esto.

Regresé lentamente a mi asiento. Era inútil intentar algo. Salir de allí, bien hacia los sargazos del exterior, bien hacia el pasillo de a bordo, era completamente imposible. Todo estaba bien ajustado para impedirnos la fuga del camarote que nos servía de celda.

Gallagher me miró sombrío, sin intentar siquiera moverse, contemplando el vuelo de algunas gaviotas, sobre el azul grisáceo del cielo que cubría el mar de los Sargazos. Luego, dirigió una ojeada de soslayo a nuestra compañera de cautiverio, la bella y melancólica Vivian Talbot.

—Hay muchas cosas que nos preguntamos ambos, pero que difícilmente podemos entender. No hay respuesta para ello… a menos que las tenga todas la señorita Talbot…

—Todas, no —admití ceñudo—. Pero, cuando menos, debe tener bastantes que nosotros desconocemos. ¿No es así, señorita Talbot?

Vivian Talbot me contempló en silencio. Luego, puso un gesto incierto, y bajó la cabeza.

—Sí, puedo despejar algunas de sus dudas —musitó—. Pero, como usted dice, mucho me temo que no sean todas.

—No importa; cuando menos, quisiera entender algo de todo este enredo —suspiré—. Por ejemplo hablemos de algo que antes no aclaramos totalmente, señorita Talbot: ¿por qué usted tampoco se siente afectada por esa rara hipnosis o lo que sea, que domina a todos los demás miembros del Neptuno y del Dixie Lou?

—Usted mencionó la causa: cualquier alteración cerebral puede influir en ello. La herida del doctor, su placa de plata… y mi operación.

—¿Su operación?

—Mi padre —asintió ella, despacio—. Tenía miedo por mí. Creo que presintió algo de lo que iba a suceder y no quiso que yo… que yo fuese una víctima más de ese poder… Por ello me injertó en el cerebro una de sus minúsculas piezas de electrónica. Fue una delicada intervención de neurocirugía que sólo podía realizar eficientemente un hombre como Harlan Talbot. Actualmente, ese pequeño mecanismo electrónico, altera todo cada que llegue a mi cerebro, y neutraliza su posible influencia mental.

—Comprendo. Cibernética, neurocirugía… Su padre aplicó sus conocimientos a usted, para evitarle algo que él presentía. ¿Cómo pudo presentirlo, y qué es lo que ha sucedido, exactamente, antes de que nosotros encontráramos el Mary Jane y nos sucediera cuanto nos ha sucedido, señorita Talbot?

—Es una larga historia. Papá y yo éramos viajeros en el Green Dolphin, lo mismo que esa maldita mujer, Goldie Vickers…

—¿El Green Dolphin? —repetí, sorprendido—. ¿Qué barco era ése?

—Procedía de Atlantic City y se dirigía a Europa. Papá iba huyendo de algo… y terminó encontrándose con ello, desgraciadamente.

—Huyendo… ¿de qué? —quise saber, mirándola con fijeza.

—Bueno, eso sí seria largo y complicado de contar. Se trata de algo científico que puede ser muy peligroso ara los seres humanos, y con lo que alguien, sin embargo, ha experimentado ya, tras robar a mi padre el secreto fundamental de su descubrimiento. Solamente papá era capaz de contrarrestar ese peligro, si se le facilitaban los medios adecuados. El Gobierno norteamericano no creyó en su historia, y nos dirigíamos a Inglaterra, donde se nos iba a prestar ayuda para combatir los riesgos desencadenados con ese secreto científico. Ha sido entonces cuando el Green Dolphin fue obstruido por la fuerza adversaria… y destruido totalmente. —¡Destruido!

—Se le ha dado oficialmente por perdido, pero sabemos que está sumergido entre esos sargazos, para no volver a emerger nunca más. Con el casco del barco, reposa, desgraciadamente, en esas profundidades, toda su tripulación y pasaje. Sólo unas pocas personas salvamos la vida de ese naufragio provocado y criminal: mi padre, yo… Goldie Vickers… y el Monstruo.

—¡El Monstruo! —Se erizaron mis cabellos repentinamente, sin saber la razón exacta—. Pero… ¿existe realmente ese «monstruo», señorita Talbot?

—Existe. Estaba a bordo del Mary Jane. ¿Es que nunca lo han visto?

—Cielos… —susurró el doctor Gallagher, repentinamente pálido, demudado—. No me dirá que ese monstruo… ese monstruo… tiene aspecto de… de… de… «plancton» viviente…

—¿Lo vio, entonces? —Los ojos de ella centellearon, excitados —. Sí, doctor. Ése es su aspecto actual. No lo era antes. Pero el musgo marino, el «plancton», los sargazos mismos, es algo que crece, crece y crece, hasta cubrir enormes extensiones marítimas. Eso es lo que hace pensar a los científicos en una futura alimentación humana a base de plantas marinas. Pues bien, el «plancton», los musgos y algas del mar… también crecen después de ser injertadas a lo que alguna vez fue un ser humano, doctor

Gallagher, ¿me comprende?

Sí. Lo comprendimos. Y en ese momento se heló virtualmente la sangre en nuestras venas, ante el escalofriante significado de aquella espantosa revelación de Vivian Talbot…

* * *

La puerta del camarote se abrió por vez primera al caer la tarde.

La claridad afuera, en el mar de los Sargazos, triste y silencioso, era ya de un azul grisáceo y sombrío. Ni las gaviotas se veían volar ya en el cielo. Todo tenía un clima angustioso, de mutismo y de ausencia de vida. Era como sentirse solos en aquella falsa isla flotante que era el vasto mar de residuos marinos.

La sed y el apetito nos habían asaltado repetidas veces, pese a lo difícil e incierto de nuestra situación. Pudimos calmar la primera, gracias al grifo del lavabo situado en aquel camarote, pero no el hambre, ya que no había provisiones de ningún género.

Aparecieron unos marinos con rifles asestados sobre nosotros, para mantenernos a raya. Vi en sus mecánicos gestos y en el brillo difuso y opaco de sus ojos tristones, la misma ausencia de humanidad y de voluntad propia que ya advirtiera antes. Seguían siendo robots al servicio de una misteriosa y terrible fuerza mental que les controlaba a distancia.

Traía uno de ellos una bandeja con alimentos y una botella de vino abierta. Nos miramos con cierto alivio. El capitán Wallace apareció tras los marinos, revólver en mano. Miró muy fría, muy fijamente, a nuestra bella compañera de prisión.

—Usted, señorita —habló con aquella ausencia total de expresión que les era característica a los hombres autómatas de los Sargazos—. Salga inmediatamente. Es una orden.

—No… —Susurró ella, con gesto de temor—. No saldré…

—Vamos, no se oponga. Sería inútil —silabeó nuestro buen capitán, transformado en un verdadero instrumento al servicio de otras voluntades—. Tenemos medios de persuadirla, de grado o por fuerza, para que obedezca cuanto se le ordene.

—Capitán Wallace, podemos defenderla e impedir que salga de aquí con ustedes —avisé abruptamente, dando unos pasos adelante, y esgrimiendo una figurilla de bronce entre mis manos esposadas—. ¿Qué pretenden hacer con Vivian Talbot?

—Nada, Kirby —me replicó el marino—. No sea necio. No tiene nada que hacer aquí, contra nosotros. Y ella sólo va a ser conducida a donde se halla su padre. Es la orden recibida.

—Mi padre… —musito Vivian—. ¿Le sucede algo?

—Él quiere verla. Es todo. Se le permitirá que le vea. Vamos, no pierda tiempo. Ustedes dos pueden calmar su apetito mientras tanto. Y si intentan algo, no esperen que pueda resultarles. Aquí, nadie hace nada contra la voluntad de quien todo lo puede.

—Y… ¿quién es esa persona a quien llamáis «el que todo lo puede»?

—Eso, Kirby… es una pregunta que no le interesa conocer en absoluto.

Vivian miró al doctor. Luego, me dirigió una mirada a mí, con aire preocupado. Al mismo tiempo, habló con energía:

—No se preocupen por mí. Si papá ha pedido que vaya a verle, debo ir, eso es todo. No habrá nada malo en ello, sino todo lo contrario. Estoy segura de que nos veremos otra vez, amigos. No teman nada. Lo mejor que pueden hacer es conformarse y no crearse problemas. Será preferible así, dadas las circunstancias. Usted lo entiende, ¿verdad. Kirby?

—Si —sacudí la cabeza afirmativamente—. Lo entiendo, señorita Talbot. Gracias… y suerte. Mucha suerte.

—Creo que todos la necesitamos ahora —sonrió ella, antes de desaparecer con los marinos, tras la puerta del camarote, que se cerró con ruido de metal, dejándonos de nuevo en nuestro cautiverio en aquel recinto relativamente confortable, a estribor del Neptuno.

Gallagher y yo nos miramos. Ambos habíamos observado la mirada de la joven Vivian, antes de salir con sus guardianes. Fue un modo especial de fijar sus ojos en un punto del camarote, como incitándonos a seguir esa pista.

Ahora, el doctor y yo giramos la cabeza en esa dirección. Sólo vimos las literas del camarote. Una de ellas estaba removida. Quizá fue la que había mirado ella. Me encogí de hombros, clavando los ojos en los alimentos. Eran apetitosos: pescado asado, puré, mantequilla, pastel de carne, fruta, galletas saladas y vino. Con nuestro apetito actual, era todo un festín. Me sentí tremendamente práctico, cuando mis tripas sufrieron un espasmo.

—Comamos primero —dije con firmeza—. Luego nos sentiremos mejor para cualquier cosa, doctor —dije—. Incluso para buscar en esas literas… algo que la mirada de Vivian Talbot nos ha sugerido que tiene oculto por ahí… y que puede aclararnos algo la situación y sus aspectos más misteriosos y terribles.

Gallagher asintió. Estaba de acuerdo conmigo. En lo de la comida… y en lo de los misterios por aclarar…

* * *

Ahora era diferente. Ya teníamos el estómago mucho más calmado. E incluso los ánimos se habían reforzado con los grados y el buen paladar de aquel vino. Aparentemente, ninguna droga se mezcló en alimentos y bebida. En verdad, no tenían necesidad de ello. Podían asesinarnos, si así lo deseaban, sin recurrir a métodos tan melodramáticos y forzados. Bastarían unos disparos sobre nosotros. O alguna otra forma de muerte que podía existir en seres capaces de crear un monstruo, mitad humano, mitad vegetal marino como el que Gallagher creyera ver en la enfermería del Dixie Lou y que según Vivian Talbot, existía realmente en alguna parte del mar de los Sargazos, había estado a bordo del Mary Jane… y quizá estaba ahora aquí mismo, en el Neptuno, cerca de nosotros…

Recurrimos finalmente a la imperiosa necesidad de saciar nuestra curiosidad. El oculto mensaje de Vivian al marcharse entre sus guardianes… La mirada. Las literas.

Y en las literas…

¡Unas hojas arrancadas de un diario! Escritas a mano. Nerviosa, casi crispadamente, con la caligrafía propia de un hombre; además, de un hombre culto, ordenado, metódico, de mente fría y carácter reservado. Cuando menos, es lo que creí leer en aquella letra menuda, confusa a veces, que llenaba desordenadamente las arrugadas hojas que, extraídas de algún libro dedicado a diario personal se ocultaban entre las mantas y somier de la litera inferior de Vivian Talbot.

Una frase casi inicial en aquel texto me reveló en el acto quién era su autor. Y por eso empecé su lectura, sujetando en mis esposadas manos aquellas hojas reveladoras:

«… Dios mío, no sé dónde va a terminar este horror… Tengo miedo. Mucho miedo… Esa mujer… Esa mujer me horroriza, me

aterra… No sé de lo que será capaz… Es un monstruo. El auténtico monstruo de este drama tremendo… Y yo que, en cierto modo, soy el creador de todo este caos delirante, me siento angustiado, responsable de todo cuanto va a suceder… Dios mío, ¿de qué me sirve ser hombre de ciencia, si nada pueden mis conocimientos para impedir ese terrible desastre que nos amenaza a todos…?».

Era el Diario del profesor Talbot, el padre de Vivian…

Y en él, quizá, estaba la respuesta a nuestras interrogantes. Incluso la revelación que podía aclararnos, de una vez por todas, quién era la enigmática Goldie Vickers, la bella y fascinante mujer de los ojos de gato y la mente de un perverso monstruo de maldad…

Y leímos. Leímos parte de una terrible, delirante historia de horror y muerte…

* * *

«… Cuando el Green Dolphin fue dominado por el poder que yo mismo, sin darme cuenta, puse en manos de los peores enemigos que podía imaginar, empezó todo lo que imagino será a partir de este momento un verdadero cataclismo para muchas personas indefensas y que jamás podrían imaginar lo que les acecha en un inmediato futuro…

»Mi experimento era completamente científico, algo sin intención dañina para nadie, sin idea de lucro o de poder. Sin embargo, esa mente malvada ha cambiado el signo de todo. Parece mentira que una mujer sea capaz de tal perversión, de maldad tan profunda y de codicia y ambición tan nefastas. Pero lo cierto es que así son las cosas y ya nada ni nadie pueden evitarlo. Ni siquiera yo, que provoqué todo este caos maldito.

»Porque el estudio de los vegetales marinos, de su posible agigantamiento y multiplicación para el futuro alimento de la humanidad, era algo que las propias Naciones Unidas me habían recomendado especialmente, en una labor de acuerdo con los científicos del Plan Mundial Contra el Hambre. Mis ondas electrónicas de especial frecuencia e intensidad, eran capaces de ese prodigio. E incluso de reproducirse sobre tejidos de animales vivientes o muertos, en injertos de biocirugía, para crear nuevas formas de vida totalmente comestibles y de gran fuerza alimenticia,

al mezclar alimentos terrestres en decadencia con alimentos marítimos de alto poder nutritivo… Pero ¿qué mente maldita y horrible pudo injertar esos vegetales marítimos, esas algas musgos y sargazos, en carne humana viva, para crear de un cuerpo humano un auténtico monstruo viviente, cuyo cerebro se mezclaría inevitablemente con las propias reacciones vegetales que, según muchos botánicos expertos, e incluso biólogos marinos de avanzadas ideas, pueden tener su propia forma de inteligencia, capaz de mezclarse con la del ser vivo a quien se le injertó? Sí, fue ella… Y ella ha provocado este horror viviente, cuya fuerza mental, desgraciadamente, es ahora enorme, realmente inmensa, ya que era un voluntario que se prestó a mi estudio cibernético-biológico, y su mente, reactivada por las ondas electrónicas de otro cariz que yo creara, se unen al superdesarrollo de las plantas marinas, y todo ello unido produce una bestia mitad humana, mitad vegetal de las profundidades, una especie de feroz monstruo, de salvaje criatura informe, musgosa y terrible, cuya mente nos dirige en realidad a todos. A todos… menos a ella. A ella, que es, en verdad, la auténtica mente rectora de este proyecto demencial, el verdadero monstruo que todo lo dirige… porque sabe que puede hacerlo, y que la Criatura, la "Cosa" por mí creada, la obedecerá ciegamente en todo, dada la especial característica que la diferencia de todos los demás.

»Eso, unido a la droga hipnótica que puede ser proyectada a distancia, para sugestionar y reducir a todo ser viviente, conviniéndolo en dócil mecanismo de la mente que posteriormente le transmita sus órdenes, puede hacer de este malhadado experimento, la amenaza más pavorosa contra la humanidad. Ella sabe que puede lograrlo… y lo hará. Sé que lo hará, la conozco bien.

»El viaje en el Green Dolphin, con su programa de estudios biológicos en los Sargazos, con nuestro infortunado enfermo desahuciado por la ciencia médica, que se ofreció voluntario para el experimento —y cuyo incurable tumor cerebral le hace ahora, quizá, mil veces más peligroso, como instrumento al servicio de su despiadada ama—, terminó mal en este mar de sargazos.

»Aquí vi hundirse al barco, dinamitado por ellos, apenas dispusieron de ese pobre y viejo cascarón llamado Mary Jane, al

que capturaron en mala hora, reduciendo a la impotencia total a toda la tripulación. Luego ha sido el Neptuno, ese barco de estudios marítimos, llegado de Inglaterra, y que con su material de experiencias biológicas marinas tanto les ha ayudado en sus malditos proyectos… Apenas dispusieron del Mary Jane, tuvieron esa disparatada idea de hacer colgar de su quilla al batiscafo investigador del Neptuno, y en él viajar, escondidos bajo el barco aparentemente sin tripulación ni dirección, hacia otros barcos que serían sus víctimas…

»Desde el batiscafo, mis ondas magnéticas guiaban a su antojo al Mary Jane, aunque nadie pareciera estar a bordo. Imagino que encontrarán fácil presa en cualquier sitio, y los supersticiosos marinos creerán verse ante un barco embrujado, y cuando salgan de su error, será demasiado tarde… y estarán en poder de esa fuerza mental maléfica que todo lo controla ahora.

»Además, pueden jugar con la superstición y el terror ajenos hasta extremos increíbles que ellos no podrán imaginarse nunca. El proyector del batiscafo, ideado para lanzar hombres de inmersión a las aguas, puede ser usado como un auténtico cañón, para proyectar cualquier clase de forma espantosa, hacia los asustados marinos de otros barcos. Y esos esqueletos que llevan a bordo, resultado de haber sometido a sus víctimas de tortura a la espantosa suerte de ser engullidos por la voracidad de vegetal carnívoro que ahora es esa abominable criatura humano-vegetoide… sólo Dios sabe en qué los usarán, como ocupantes del batiscafo, esa maldita mujer demente y su grupo de fieles autómatas humanos… junto con la bestia vegetal a bordo, que siempre eludirá a cualquiera que la busque por el simple procedimiento de lanzarse al agua y buscar refugio en la cámara del batiscafo colgante, cuyos medios propios de locomoción, caso de serle necesarios, le dan una gran autonomía o independencia, en el caso de que precisen desprenderse del casco del Mary Jane…

»En suma: estoy asustado. Muy asustado. Creo que lo peor está a punto de suceder a muchos seres inocentes, que en absoluto sospechan su terrible suerte inmediata… y todo por culpa de ella. De ella…».

Terminaban allí las páginas del Diario del profesor Harlan Talbot. Nos miramos Gallagher y yo. El doctor exclamó, rabioso, sin

poderse contener:

—¡Ella! ¡La hermosa muchacha de ojos de gato, maldita sea! ¡Goldie Vickers, la muchacha que parecía asustada y víctima de una amnesia real! ¡Por su culpa sucede ahora todo esto, Kirby! Dios mío, ¿cuándo y de qué modo puede terminar este horror?

Le miré. No dije nada. No creía que hiciera falta, después de todo.

* * *

Cuando Vivian volvió con nosotros, parecía tranquila dentro de todo. Gallagher le mostró los escritos que halláramos en la litera. Los ocultaba entre sus manos, arrugados y casi hechos un ovillo. Ella los miró tristemente, apenas habían cerrado de nuevo la puerta metálica del camarote.

—Sí —susurró—. Les quise indicar eso mismo, por si no volvía con vida… Por fortuna, no parecen dispuestos a ejecutarnos… por el momento. Veo que hallaron las hojas sueltas del diario de mi padre, en las que habla de esa mujer, Goldie Vickers, y de su diabólico plan para apoderarse de la nueva fuerza creada por él, esas ondas electromagnéticas, capaces de hacer crecer los vegetales, de crear una fusión animal-planta, y a, la vez también, en otra frecuencia o intensidad, capaces de producir una hipnosis colectiva, muy necesaria para la ejecución del plan de trabajo, pero ahora utilizada para el mal.

—¿Qué querían ahora de usted, señorita Talbot? —pregunté, interesado.

—Sólo que viese a mi padre… —suspiró, con gesto de angustia. Noté que en su garganta se quebraba un sollozo. Pese a todo, pudo seguir, aunque con voz rota—: Está muy enfermo. Temen por su vida. Y le necesitan. También necesitan a alguien más para sus planes. Están dispuestos a negociar, a cambio de eso.

—¿A quién necesitan? —se interesó el doctor Gallagher.

—A… a un biólogo marino —suspiró ella lentamente.

—¿Un biólogo? —Indagué, vivamente, mirándola con extrañeza —. ¿Por qué?

—Parece que su… su «criatura»… —Se estremeció ostensiblemente—. Quiero decir, esa forma horrible, que ya no es hombre ni materia vegetal marina, sino una mezcla de ambas cosas,

se les extingue por momentos, y precisa un tratamiento más vegetal que humano. Es decir: no es ya apenas criatura humana, sino un ente de la llora acuática, y como tal debe ser tratado. Un biólogo marino puede resolverles el problema.

—Yo soy biólogo marino —le dije gravemente—. ¿Qué ofrecen a cambio?

Vivian me contempló fijamente. Respiró hondo. Luego, meneó la cabeza con fatiga.

—No lo haga —rogó—. Aunque va la vida de mi padre también en ello… no lo haga, Kirby.

—Por favor, dígame qué piden a cambio de mi colaboración. Yo resolveré sobre eso —insistí.

—Está bien —susurró, abatida. Habló con la cabeza baja—. Piden su cooperación absoluta. Si acepta, no acelerarán la muerte de papá. Y respetarán nuestras vidas. Pero yo les conozco. ¡La conozco a ella, sobre todo! Puede que no cumplan su palabra. Y aún haciéndolo… ¿valdrá realmente la pena, Kirby?

—No lo sé —dije roncamente—. Pero voy a aceptar. Vivian. Es mi decisión.

CAPÍTULO VIII

EL MONSTRUO

Era una sensación horrible.

Uno se sentía como rodeado de máquinas, de simples monigotes movidos por algunas piezas eléctricas, dentro de sus cuerpos. Y. sin embargo, eran seres humanos. Como Gallagher, como yo o como Vivian Talbot. Sólo que sus cerebros actuaban por impulsos ajenos, y eso les convertía prácticamente en robots.

Robots de los que yo era prisionero. Sin eufemismos, ésa era la situación. Cierto que era en realidad prisionero de un poder superior, de una fuerza mental que, ayudada por fuerzas electromagnéticas, por la magia científica de la Cibernética, era capaz de controlar aquella situación demencial, en pleno corazón del misterioso y siempre temido mar de los Sargazos. Incluso yo mismo, un hombre de ciencia, empezaba a ver ahora aquel quieto, calmoso y casi sólido mar de algas, hierbas y desperdicios marinos, que me rodeaba por doquier, como una lívida costra, al cruzar la cubierta entre las armas de mis vigilantes mecánicos, camino de mi inmediata misión, repito que en aquel mar, tan inocente hasta entonces para mí, tan falto de ese halo supersticioso que la gente de mar le daba, vi en esos momentos de silencio, de calma marina, a un enemigo monstruoso, de lomo enorme y viscoso, como agazapado debajo del casco del Neptuno, de Su Majestad británica, presto a incorporarse de modo brusco en cualquier momento, y lanzarnos a todos a las nubes, destrozándonos luego en mil pedazos, con coletazos ciclópeos, de verdadera fiera prehistórica.

Yo sabía que las cosas no eran así, pero se le parecían mucho. Yo estaba bien seguro de que, de haber algún enemigo mortal cerca de mí, de Gallagher, de todos los pocos que a bordo éramos víctimas

inocentes… ese enemigo estaba a bordo, en el propio Neptuno. Y ese enemigo, desgraciadamente, como dijera Vivian Talbot y como corroboraran los documentos de su padre, el profesor Harlan Talbot…, era una mujer.

Seguí caminando. Procuraba no pensar en ella, en la muchacha de los ojos de gato. Aún no la había visto siquiera, desde que llegamos a bordo y nos recibió con su dramática revelación, confirmada luego por la propia hija del profesor Talbot, durante nuestro cautiverio común en el camarote de abajo. Y posiblemente tampoco la vería inmediatamente. No a ella. Mi labor, mi objetivo actual… era un monstruo también. Pero un monstruo mucho menos agradable que una mujer hermosa, por malvada que ésta pudiera ser.

Iba a verle a… a él. Al monstruo de los Sargazos.

A un pobre enfermo de tumor cerebral, dócilmente convertido en humano conejillo de indias de la más terrorífica experiencia imaginable: un «cruce» diabólico entre hombre y planta marítima. Una especie de plancton viviente, con cerebro humano…

—Es aquí —dijo fríamente el oficial Baker que, como yo suponía, estaba sano y salvo, a bordo de la nave, armado, y formando parte, igual que todos los demás, de aquel grupo de autómatas controlados por el poder mental que los reducía a simples robots serviciales.

Aquellos esqueletos que tanto terror provocaron, no eran sino otras víctimas anteriores, gentes del Green Dolphin o del Neptune, virtualmente devoradas o corroídas… ¡por el propio monstruo al que ahora iba yo a enfrentarme, como biólogo obligado a prolongar su vida en peligro!

Me abrieron la puerta. Era una sólida pieza de metal con cerrojos. Al accionarla, oí rugir dentro a alguien. Una especie de sonido sibilante, ronco, que venía hasta mí como un espantoso jadeo. No soy miedoso, pero temblé. No me importaba ya demasiado morir, pero sentí el escalofrío hasta lo más profundo de mi ser.

—Entre —invitó, amenazador, el oficial Baker, convertido ya en otro de mis enemigos actuales—. ¡Vamos, entre! ¿A qué espera?

Entré. No tenía otro remedio.

Y me encontré en una sala oscura, un amplio camarote sin luz

apenas, salvo la débil que penetraba entre las cortinillas de unos ojos de buey en el muro curvado. A mis espaldas, se cerró la puerta metálica. Baker avisó con voz profunda:

—¡Es mejor que salve esa vida… o se habrá jugado la suya y la de sus amigos, Kirby! ¡Tiene todo el tiempo que quiera para trabajar… y todo el material posible ahí dentro! ¡Pero si al terminar su tarea, su paciente ha muerto… lo sentiré por usted!

Sentí que se alejaban sus pasos por la cubierta. Tenso, me mantuve quieto en la oscuridad de la cámara. Y aquel jadeo, aquel estertor que ni siquiera era humano ya, unido al raro hedor de plantas putrefactas, de hierbas marítimas en pura descomposición, logró erizar mis cabellos.

Especialmente cuando, apenas di unos pocos pasos hacia el interior en penumbras, vi el enorme bulto tendido dentro de una especie de recipiente como una bañera, agitándose convulso, entre roces y susurros como los que produce una gran hojarasca húmeda y viscosa, movida por un soplo frío de aire.

Sólo que allí no soplaba aire alguno. Y que esa brisa vital helada, procedía del propio ser monstruoso allí tendido. Creí percibir un leve, apagado quejido. Me aproximé unos pasos, muy pocos.

Y algo helado, pegajoso y blando, me rodeó como si una planta carnívora me aferrase. Sentí el hedor a putrefacción vegetal junto a mi rostro. Mi cuello lo rozó un enorme musgo viviente, que parecía palpitar.

Y una horripilante, increíble, delgada y lejana voz, que alguna vez fuera totalmente humana y que ahora emergía de aquella masa repugnante tendida en el recipiente, me llegó nítida hasta los oídos, con una súplica patética, estremecedora, realmente espeluznante en esos momentos:

—Por favor… Ayúdeme… Ayúdeme…

* * *

No había sido posible.

Me aparté lentamente. Contemplé aquella masa pegajosa, blanda y parduzca. Era simple vegetal. Unos ojos amarillentos, humanos en algún tiempo, eran como dos heladas cuentas de vidrio en un rostro dantesco, hecho de musgos, algas y hierbajos del mar.

Muerto.

El ser, la criatura, el monstruo de los Sargazos había dejado de existir. No era ya sino simple vegetal. Pero un vegetal putrefacto, hediondo, imposible ele revivir. Lo poco de humano que recientemente quedara dentro de aquella masa informe, ya no existía. No estaba allí. Había sido engullido por la materia vegetal surgida del fondo del mar e injertada en el pobre cuerpo enfermo.

Mi ayuda existió. Hice todo lo humanamente posible. Recurrí a cuanto material de biología marina hallé en aquella especie de amplio laboratorio de investigación a bordo del Neptuno, para salvar al ente monstruoso, siquiera por un tiempo.

No lo conseguí. Todo había sido inútil. No tuve éxito. Se había muerto. Y ahora…

Ahora, ¿qué iba a suceder con nosotros, los cautivos del poder que todo lo regia en aquel lugar? Gallagher, yo, el profesor Talbot, la muchacha…

Me enjugué el sudor, tras el horror de aquella interminable hora, encerrado en la penumbra, con la criatura monstruosa que ya no era nada. Luego, me dispuse a llamar al exterior. No había ninguna otra solución. Ninguna salida. Tenía que informarles. Ellos lo sabrían, de todos modos, tarde o temprano. Igual daba que fuese ahora.

Llegué ante la puerta metálica, herméticamente cerrada. La golpee con firmeza. Desde el exterior, llegó una voz brusca:

—¿Qué hay? ¿Necesita algo, señor Kirby?

—No —negué—. Ya he terminado. Todo está hecho aquí. Deseo salir.

Hubo chasquido de cerrojos y cerraduras. Se abrió la puerta. Me encaré a las armas automáticas, en poder de los robots humanos. Les miré. Me miraron ellos.

—¿Y bien, señor Kirby? —Indagó el capitán Wallace, junto al capitán Carruthers, del Neptuno, y al oficial Baker—. ¿Está bien ya su paciente? ¿Ha salvado su vida?

—No —negué rotundamente—. No pudo hacerse nada por él. Está muerto.

Se quedaron estúpidamente contemplándome. Era evidente que no esperaban eso. Luego, algo hizo funcionar débilmente sus cerebros. Imaginé que unas ondas mentales a distancia, como lo

hacían en todo momento. No vi enfado o irritación en sus rostros. Lo cierto es que no vi nada, y eso era lo más terrible de todo.

—Está bien —dijo Carruthers—. Salga. Esto ya sabe usted lo que significa. Kirby.

—Sí, lo sé —dije fríamente—. La muerte, ¿no? Porque a mí no pueden convertirme en esa especie de monigotes sin voluntad que son ustedes…

Salí. Las armas se apoyaron en mi espalda y costados. Me esposaron de nuevo. Fui conducido de regreso al camarote en silencio. Al cruzar la cubierta, la vi a ella. Erguida en el puente. Mirándome fijamente.

Era Goldie, la mujer de los ojos de gato. La hermosa desconocida que se revelara a sí misma como la que manejaba aquella horda de locos mecánicos, y el horror viviente de los Sargazos, que va no era nada.

—Esperad —sonó su helada voz cuando llegamos bajo el puente.

Se detuvieron ellos. La miraron, hieráticos. Yo también la miré. Mis ojos se detuvieron en los de ella, fosforescentes en la penumbra del húmedo y hosco atardecer en los sargazos marinos. Goldie Vickers se apoyó en la barandilla del puente. Su pregunta brotó seca, sin dejar de mirarme:

—Kirby… ¿Y él? ¿Cómo está? ¿Ha logrado algo?

—No, nada —negué con aspereza—. Lo intenté, por simple caridad, por compasión humana, ya que aún había en él algo de sí mismo, Goldie. Pero no era posible hacer nada. Se descomponía por completo. Las fibras vegetales dominaban a las humanas. Y algo, acaso el hecho de que ese horrendo cruce, ese injerto diabólico, no esté suficientemente logrado, hizo que todo él se descompusiera, en un proceso de total putrefacción y muerte de las células de todo tipo, vegetales o animales. Eso es lo que sucedió, y no existe ciencia médica o biológica que pueda evitar tal proceso, una vez iniciado. Ni quizá pueda evitarse nunca que se inicie en cualquier otro maldito experimento similar.

—Está bien —dijo Goldie con su frialdad deshumanizada, irguiéndose sin emoción en el rostro, como una hermosa estatua de ojos dorados—. Lo siento por ustedes. Seguirán a ese hombre en los experimentos. El profesor Talbot actuará de nuevo, antes de morir. Hará nuevos injertos. Está obligado a ello. Usted, Gallagher… Serán

dos buenos sujetos, dos cobayas perfectos. ¡Usted sabrá pronto lo que es ser, a la vez, hombre y vegetal! ¡Conocerá el extraño poder que le permitirá DEVORAR seres humanos, dejando de ellos solamente el esqueleto, gracias a la succión carnívora de sus plantas acuáticas más desarrolladas sobre su cuerpo!

Me estremecí. Recordé al pobre enfermo que convirtieran en monstruo. Era un canceroso, un hombre con un tumor cerebral… Eso explicaba todo. Él, como nosotros, tampoco podía ser convertido en autómata. Y se le utilizó como sujeto del gran experimento biológico…

Ahora, nos tocaba el turno a nosotros. Me imaginé muriendo en un recipiente, tarde o temprano, descompuesto mi ser en una masa informe y hedionda de algas y sargazos fétidos, y me estremecí. Era demasiado horrible. Peor aún qué la propia muerte como simple ser humano, por violenta que ésta resultara.

Quizá por ello, tuve aquella reacción, posiblemente.

A fin de cuentas, va poco importaba todo a aquellas alturas. Incluso morir podía ser una bendición, dadas las circunstancias.

Me revolví cuando nadie lo esperaba. Derribé con un golpe brutal de mis dos manos al capitán Wallace, que caminaba junto a mí, y salte como un felino, evitando los cañones de las armas asestadas contra mí.

Al mismo tiempo, pude aferrar el arma de Wallace entre mis dos manos esposadas, torpemente. Era una pistola automática con un cargador completo. Disparé contra dos de los marineros en un abrir y cerrar de ojos. No tiré a matar. Eran pobres diablos inconscientes, gente que actuaba por voluntad ajena, y hubiera sido un asesinato destruirles.

Alcancé sus piernas con mis balas, y les vi caer, sin revelar dolor o emoción alguna. Por un momento, creí que todo salía bien. Pero súbitamente el cañón de un chato fusil ametrallador, esgrimido por el oficial Baker, emergió ante mis ojos, encarándose a mi rostro.

Supe que un instante después aquel arma trituraría a quemarropa mi cabeza, pulverizándola a balazos. Vi temblar el dedo de Baker en el gatillo del arma, implacable como todo lo que ya ni siquiera es humano, y se limita a ser un movimiento maquinal y despiadado…

* * *

Era la muerte, y yo lo sabía. Ni siquiera podía hacer nada por evitarlo.

No lo hice, esperando lo inexorable. Ni siquiera cerré los ojos para eludir el tremendo instante del impacto de las balas contra mi rostro y cráneo. Ya había dejado de tener miedo a la muerte. Sabía que existían cosas peores.

Entonces ocurrió el milagro. O algo que se le parecía.

—¡No! ¡Alto, no dispare! —gritó la voz, tajante, llena de autoridad.

Era una orden. Y una orden de aquella mujer, parecía ser obedecida por toda la legión de criatura mecánicas de a bordo. Bajo el cielo grisáceo de aquel atardecer siniestro en la calma chicha y casi sobrenatural del mar de los Sargazos, la voz de Goldie Vickers lo dominó todo. Se quedó quieto Baker. Y su dedo en el gatillo. Y su arma. Mi cabeza no voló en mil pedazos.

Seguí estando vivo. Con mis ojos dilatados, muy fijos en el arma. Y tras ella, en la mirada fosforescente de aquella singular criatura, todo belleza, que acababa de salvar mi vida, aunque quizá porque otro destino peor me aguardaba.

—Gracias —dije roncamente, con ironía—. Es muy amable, Goldie. Acaba de salvarme…

—No sea necio —ordenó ella glacialmente—. Tire esa arma y no repita estupideces así. No conducen a nada. Son lodos contra usted, Kirby. Está perdido, y lo sabe.

—Prefiero morir luchando, a hacerlo lentamente, transformado en un ser mitad vegetal, mitad humanoide. No acepto la vida en esas condiciones. Goldie.

—Está loco si espera conseguir algo haciéndose fuerte. No tiene medios de luchar. No hay alternativa.

—Sí la hay —repliqué, incisivo—. La muerte, Goldie. Quiero morir, simplemente. No será un suicidio, sino la más hermosa forma de dejar de ser algo. Prefiero eso a deambular como un monstruo carnívoro, en un experimento sin sentido, que no conduce a nada y que jamás será un éxito, por mucho que se repita. Es mejor dejar que las algas sean sólo algas, y los hombres y animales solamente lo que son. La solución del hambre en el mundo, no está en experiencias dignas de modernos Frankenstein. Existirán otros medios mejores y más humanos de dar alimento a los seres de este

planeta. Por el contrario, crear monstruos híbridos es crear nuevas formas destructivas, seres capaces de engullir a otros, asesinos en potencia, movidos por instintos que nadie puede reprimir, va que ni siquiera sabemos cómo piensa un vegetal…

—Le daré una última oportunidad —dijo Goldie fríamente—. Tire el arma y entréguese. Kirby.

—¿Y si no lo hago? —Sonreí ásperamente.

—No le matarán, puesto que eso es lo que busca, como una liberación. Es necesario para el experimento, y se intentará conservar su vida, por encima de todo, Kirby. De modo que lo que se hará, es convertir, ante sus propios ojos, a dos personas en vegetoides. Una será el doctor Gallagher. Y la otra, ya sabe usted… Una mujer.

—Vivian Talbot… —dije con voz ronca. Asentí—. Sí, entiendo. Pretenden que me entregue a cambio de no presenciar ese horror. Pero no van a convencerme. Todo está perdido, haga lo que haga, y, si me entrego, seremos tres a sufrir esa mutación horrible. No, Goldie. Mi respuesta es no. Hagan lo que hagan con ellos… yo intentaré morir. Será uno menos a sufrir el experimento.

—¿Y si se le garantizase que, caso de entregarse, solamente una de esas dos personas sería objeto del experimento, y usted sólo lo sería en último extremo, si esa segunda criatura muere, puesto que como biólogo marino le necesitamos?

Miré fijamente a Goldie Vickers. Hablaba fría y deshumanizadamente, como el peor de los autómatas imaginables. Una idea pasó por mi mente. No era la primera vez que pensaba en ello. Ahora, era el momento de hacer algo en ese sentido.

—Está bien —dije—. Eso puede resultar. Pero todavía no tiraré mi arma. Aún no me rindo. Y si algún hombre armado se acerca o alza su arma contra mí, será acribillado sin piedad. Goldie, traiga a mi lado a esa muchacha prisionera, a Vivian Talbot, la hija del profesor. Ella, cuando menos, debe ser salvada de tan horrible suerte.

—¿Elige a su amigo, el doctor Gallagher, como sujeto del experimento?

—Alguien tiene que ser —suspiré, encogiéndome de hombros—. Pero una mujer, convertida en… en esa «cosa»… sería demasiado terrible. Quiero a Vivian Talbot junto a mí. Luego, hagan lo que sea

con el pobre Gallagher. A él sé que no puedo salvarle de su horrible suerte, en la que quizá yo le siga pronto.

Goldie me contemplaba con su maligna expresión de frialdad e indiferencia. Su pregunta no sonó a rencor, celos o despecho, sino a simple comentario desapasionado:

—¿De modo que pretende salvar a la chica? El caballeroso Kirby protege a su dama.

—Apenas sí nos conocemos Vivian y yo —repliqué—. Pero usted lo ha dicho, Goldie. Es una mujer. Una verdadera mujer, no un monstruo de maldad como otras mujeres pueden llegar a ser. La quiero junto a mi pronto. O empezaré a disparar… ¡y ni usted se librará de mis proyectiles. Goldie!

—Está bien —dijo ella. Miró a Baker—. Vaya al camarote. Traiga a los dos prisioneros. Vivian Talbot estará aquí en seguida. Y también Gallagher. Usted, Carruthers, vaya al laboratorio del profesor Talbot, y tome una de las dosis de injerto vegetal, para aplicárselo inmediatamente a Gallagher, en presencia de todos. Necesitamos otra criatura mixta, para llevar adelante nuestros planes. Obedezcan.

Se alejaron con sus andares mecánicos pero firmes. Cuando regresaron a la cubierta, venían Vivian y Gallagher con ellos. A ella le soltaron las esposas. No así al doctor, que me miró, patético.

—Kirby… —susurró—. Dios sea loado. Kirby. ¿Lo ha logrado usted? ¿Pudo rescatarnos?

—De veras lo siento, amigo mío —murmuré con expresión dolida—. No es tan bello como usted lo imagina… No pude hacer nada por evitar lo peor. Sólo proteger a la chica y protegerme a mí mismo… momentáneamente. Ellos siguen mandando a bordo.

—Pero… pero eso quiere decir, entonces, que yo… yo…

—Sí, Gallagher. Usted no tiene salvación posible, y de veras lo siento. Debe ser utilizado como sujeto del experimento. El monstruo ha muerto… y necesitan otro.

Se erizaron sus cabellos. Me miró con infinito horror y trató de retroceder, pero los marineros armados le impedían todo movimiento.

—Oh, no, no… —jadeó—. Kirby, usted no puede ser tan cruel, tan inhumano conmigo…

—Lo siento, doctor. Íbamos a ser sacrificados los tres. He

logrado que sólo uno lo sea. Ella es mujer, y debe ser salvada —miré a Vivian, situada junto a mí, sujetándome incluso uno de mis esposados brazos, con mano firme, a la espera de acontecimientos. Le sonreí débilmente, antes de añadir—: De todos modos, hubiera sido víctima de ellos del mismo modo, Gallagher. Había que elegir, y no tuve opción…

Bajó la cabeza, angustiado. Parecía resignarse a todo aquello. Tragó saliva. Sus piernas temblaban.

—Está bien —susurró—. Y ahora… ¿Qué va a suceder?

No contesté nada. Miré hacia Carruthers, capitán del Neptune. Venía con dos marinos. Traía en sus manos algo que me hizo estremecer.

Era una ampolla para inyectable, de considerable tamaño. Dentro, bullía una pulpa líquida, de un tono verdoso. Me causó pavor imaginar aquel Muido extraño en las venas de un hombre. Junto a mí, Vivian susurró:

—Es una de las dosis del vegetal viviente, que puede ser inyectado al hombre. Hay pocas dosis Pero papá trabaja abajo, en su laboratorio, obligado a producir más… Es monstruoso. Kirby…

—Monstruoso, sí —asentí fríamente. Luego, miré a Gallagher que, mortalmente pálido, contemplaba los preparativos para su mutación horrenda. Arriba, en el puente, Goldie Vickers era una máscara hermosa de indiferencia. Comenté en voz baja—: Pobre amigo mío… ¿Qué le sucederá, apenas ese líquido invada sus venas?

—Se formará un compuesto con su sangre… Mitad hemoglobina, mitad savia vegetal… Un proceso especial de reproducción acelerada de células vegetales invadirá sus puntos básicos del cuerpo, desde el cerebro hasta los pies… Quedará algo humano en él, pero poco, muy poco… En unos breves días, el proceso estará en marcha, la criatura empezará a cubrirse de algas, a deformarse, a nutrirse de fotosíntesis, a absorber agua marina, pequeños pececillos, esporas… y terminará convirtiendo cuerpos humanos en esqueletos, tras un contacto de sólo unos minutos con ellos… como si fuese una gigantesca piraña.

Era alucinante. Miraba a Vivian mientras ella hablaba. En mis manos, frías y trémulas, temblaba la pistola automática. Detrás de Vivian, los marineros formaban un coro mudo, hierático,

deshumanizado totalmente.

De soslayo, estudié una vez más a Goldie, antes de hacer lo que estaba dispuesto a llevar a cabo. Un marinero preparaba ya la jeringuilla especial en que iría el producto creado por el profesor Talbot, para inyectarlo en las arterias y venas del infortunado doctor Gallagher.

Justo entonces actué. Creo que nadie esperaba lo que yo iba a hacer. Pero tenía que hacerlo… y lo hice.

Era jugarse una baza terriblemente arriesgada. Pero estaba decidido. Incluso me sentía capaz de ser… un asesino.

Y asesiné. A sangre fría. Deliberada y despiadada mente.

Giré el arma de fuego. Creo que ni siquiera llegó a saber lo que pretendía. Era preciso así, o todo se derrumbaría definitivamente para todos nosotros.

Disparé. Disparé a bocajarro. A su cabeza.

Retumbó la detonación con ásperos ecos en el desolado mar de los Sargazos. Gaviotas chillonas se alzaron encima de la costra de algas y hierbas marinas que nos rodeaba, revoloteando asustadas sobre nosotros.

Era horrible ver aquel cuerpo abatido a mis pies, con el cráneo destrozado, con su belleza de mujer destruida para siempre. Un reguero de sangre corrió de su cabeza, sobre la cubierta del Neptuno.

Otra mujer chillo, chillo agudamente, cubriendo sus ojos con manos que temblaban de horror, y supe que lo había logrado. Que estaba en lo cierto.

—El monstruo… —susurré—. El monstruo… era ella.

Y contemplé, casi patéticamente, la belleza maltrecha, sangrante ahora, de Vivian Talbot, la hija del profesor, muerta a mis pies. Asesinada por mi mano, por mi arma, por mi propia voluntad…

CAPÍTULO IX

REGRESO

El Neptuno avanzaba a toda máquina, lo mismo que el Dixie Lou.

Solamente la negruzca y tea cáscara de metal viejo y oxidado que era el Mary Jane, como un tenebroso recuerdo de tantos horrores, se quedaba atrás, entre los residuos y algas del mar de los Sargazos.

Volvíamos al mundo, a la civilización. Muchas cosas, muchos horrores, se quedaban definitivamente atrás. Y esperaba que para siempre…

Manteníamos nuestras miradas fijas en él, desde ambas motonaves en marcha. Carruthers, Baker, Wallace y todos los demás, desde las bordas de ambos barcos, contemplaban la superficie del Mary Jane, donde una leve humareda se elevaba. Luego, de súbito, estalló una formidable detonación a bordo del viejo barco.

Respiré con alivio. Ellos también. Se elevó en la pradera marítima de sargazos, una llamarada violenta. Se desplomaron respiraderos del Mary Jane, y éste comenzó a arder, escorado de babor.

Era el principio del fin. El viejo barco se hundía con un siniestro cargamento que nunca llegaría a mundos civilizados. De él formaban parte los restos malolientes del monstruo vegetal, los sueros y vacunas creados por el profesor Talbot, sus fórmulas, sus apuntes, sus documentos de estudio y cuanto podía significar, cualquier día, el regreso al horror.

—Cuando menos, él ni siquiera lo presencia —susurró junto a mí una voz.

Me volví. El doctor Gallagher suspiraba, clavando sus ojos en el

feo y vetusto Mary Jane, cuyo encuentro en alta mar tanto significara para nosotros, con su invisible carga de terror y de misterio, que culminaría en aquella delirante aventura entre los sargazos.

Ahora, ya de regreso al mundo, todo parecía lejano y como sin importancia, pero ambos sabíamos que pudo haber marcado para siempre nuestros destinos con el más terrible de los resultados: la transformación de nuestras vidas en las de unos monstruos híbridos, alucinantes, al servicio de una mente diabólicamente astuta y cruel.

—Si —asentí lentamente—. Al profesor Talbot quizá le doliera, después de todo, el fin de tantos años de estudios, de ensayos y de esfuerzos. Pero es mejor así. Se ha probado que cierta clase de hallazgos científicos, no aportarían demasiada suerte ni ventaja a los seres humanos, amigo mío.

—Cielos, cada vez que recuerdo que pude ser una «cosa» como aquella que usted atendió en su agonía, a bordo de este barco… —Se estremeció Gallagher.

—Todos pudimos serlo: usted y yo, cuando menos. Los demás no eran válidos, porque sus mentes eran perfectamente normales…, con excepción de la de la tercera persona que poseía un cerebro distinto a los demás.

—¿Vivian Talbot?

—Sí. Vivian Talbot.

—¿Cómo pudo sospechar usted de ella? Lo que hizo fue…, fue matar a sangre fría, Kirby…

—Lo sé. Y quizá nunca me lo perdone —murmuré cansadamente—. Tampoco eludo mis responsabilidades. He informado de mis actos a las autoridades navales, apenas reparamos la avería que mantenía incomunicado también al Neptuno, y espero ser juzgado por ello. Fue un homicidio premeditado y a sangre fría, lo admito.

—Pero… pero las circunstancias se lo exigieron. Kirby. Todos podemos declarar en ese sentido. Ella… ella ni siquiera podía ser herida o amenazada.

—No, claro que no —suspiré—. Espero, cuando menos, que su cadáver embalsamado, al viajar a bordo de este barco, en los frigoríficos del Neptune, llegue en condiciones de ser debidamente examinado por los expertos médicos adecuados. Así descubrirán su anormalidad, lo que realmente hacía funcionar su cerebro de un

modo distinto… y la convertía en un peligro latente, en un monstruo en potencia, de aspecto agradable y bello, eso sí.

—¿Era…, era el electrodo el que…?

—Sí, doctor. El profesor Talbot trató de mantener a su hija al margen de todo riesgo, si su descubrimiento de ciertas ondas magnéticas dañaba las mentes humanas, y le injertó un cuerpo electrónico diminuto en su cráneo, para aislarlo de esas radiaciones. Logró lo que buscaba, ciertamente…, pero eso alteró con otras radiaciones el propio cerebro de Vivian, a quien transformó, sin quererlo, en un ser diferente, cruel y calculador, frío y despiadado, capaz incluso de torturar y reducir a la miserable condición actual a su propio padre, para convertirse ella en lo que era actualmente: un verdadero monstruo de maldad, de perversión, ávida sólo de dominar, de tener poder, de aplastar a los demás con su fuerza…

—¿Y lo que escribió el viejo Talbot en su diario…?

—Recuerde que aludía a «una mujer», pero nunca la mencionaba por su nombre. Por ello mismo, cuando Vivian se lo arrebató, sin duda, a su padre enfermo, lo ocultó, dispuesta a utilizarlo en su beneficio, haciéndose pasar por inocente víctima, prisionera de los autómatas que ella misma controlaba con su mente.

—Y nos hizo creer que se refería a Goldie…

—Sí. De todos modos, de aludir a Goldie Vickers, creo que el profesor la hubiera mencionado alguna vez por su nombre. El no hacerlo, implicaba un dolor, una angustia, una decepción tan profunda hacia alguien a quien ni siquiera deseaba mencionar, precisamente por ser su propia hija, por haberla amado como a tal, y amarla quizá todavía…, pese a todo lo que sufría con su crueldad… que me hizo pensar en esa posibilidad, y guardé la idea conmigo. Luego, el papel que, mentalmente. Vivian OBLIGABA a representar a Goldie, tan esclava de su poder mental como todos los demás, me desorientó un poco, hasta que descubrí, por su propia inexpresividad y mecánica actitud, que Goldie Vickers era OTRO ROBOT en manos del oculto poder de los Sargazos. Descubierto eso, la sospecha de que esa otra mujer a que aludía el diario del profesor fuese su propia hija, se hacía casi convicción.

—Pero aun así, no podía usted saber que ella, estando herida o amenazada por un arma, era capaz aún de dominar la situación…

—No era difícil imaginarlo, Gallagher. El poder de Vivian Talbot

estaba en su mente. Malherida, podría destruir aún a todos. O a casi todos. Me asustaba su tremendo poder. Apresarla, era inútil. Ambos hemos comprobado que, en tanto se fingía cautiva, como nosotros, para ganarse nuestra confianza y engañarnos, podía controlar la situación totalmente, y repartir órdenes desde su propio cerebro, activado por ese mecanismo electromagnético que su padre injertara en su cabeza. De modo que era preciso MATAR, aun con todo lo terrible que ello implicaba. Se trataba de sacrificar una vida a cambio de docenas de ellas: marineros, oficiales, capitanes, nosotros mismos… Recuerde, Gallagher, que ella, dominando al monstruo vegetal como fiel siervo suyo, torturó e hizo destruir a toda la tripulación y pasaje del Mary Jane, y parte del Green Dolphin. No merecía piedad. Y su muerte, significaba la paralización total de su cerebro. Y, por tanto, de todas sus órdenes mentales.

—Así, inmediatamente, todos quedaron liberados de esa poderosa hipnosis magnética, y se normalizó la vida a bordo… —suspiró Gallagher, afirmando con la cabeza.

—St. Apenas murió ella…, los demás volvieron realmente a la vida. Valía la pena, aun siendo un hecho tan tremendo.

—Y si se hubiera equivocado, amigo Kirby… —susurró Gallagher.

—Dios mío, no quiero ni pensarlo —resoplé, cenando los ojos—. Hubiera sido demasiado horrible, amigo mío… Cierto que entonces lo pensé, pero… supe que no debía vacilar un solo instante. Tuve unos segundos para decidir… y decidí, por encima de todo.

Hubo un silencio. Gallagher giró la cabeza. Nos alejábamos rápidamente del mar de los Sargazos. Le oí comentar:

—De no ser porque le necesitaba como biólogo, en tanto dispusiera ella de una criatura convertida en vegetal viviente, nunca le hubiera permitido disponer de esa oportunidad, Kirby, y todos hubiéramos… —Se detuvo. Añadió con tono diferente—: Bueno, ahora le dejo. Creo que necesito descansar un poco…

Se alejó. Pero noté que no estaba solo. Giré la cabeza, y comprendí por qué él se había marchado, dejándome en cubierta, apoyado en la borda.

Ella estaba tras de mí. Se acercaba lentamente. Sus ojos de gato eran más hermosos que nunca. Ahora no había terror en ellos, sino

una esplendorosa luz llena de vida.

—Hola —me saludó—. ¿Le molesto, Kirby?

—No, cielos —sonreí—. Claro que no, Goldie. ¿Va a mirar los Sargazos por última vez?

—Si —se estremeció, clavando la mirada en la distancia—. Pudo ser nuestra tumba. Kirby.

—La de todos, es cierto —asentí. Miré su bello perfil cuando se apoyó en la borda—. ¿Ya se siente bien?

—Casi totalmente —movió la cabeza, afirmativa. Luego se volvió, y clavó sus ojos en mí—. Le debemos mucho, Kirby. Todos nosotros. Y yo, muy especialmente.

—Bah, olvídelo. Alguien lo tenía que hacer, ¿no?

—Hacía falta mucho valor para dar ese paso. Usted…, usted no creía que pudiera ser yo quien…

—No. Goldie. No lo creí nunca. Había algo en usted… Algo que no me permitía verla como a una mujer falta de alma… Usted habló la verdad bajo el efecto del suero en el Dixie Lou. Era una criatura asustada, medrosa, llena de terror a algo… La recordaba siempre tal como la vi en ese momento. Y estuve seguro siempre de que había conocido a la verdadera Goldie Vickers en esos momentos de la enfermería. Usted no podía engañar a mi instinto, estaba convencido.

—Le debo la vida. Y quizá todo lo demás: mi futuro, mi posible felicidad de algún día, cuando todo esto no sea sino un recuerdo horrible, pero lejano…

—No piense en eso. Piense en su felicidad, nada más, Goldie —sonreí, mirándola—. ¿Vuelve a su casa?

—Sí. Voy a los Estados Unidos, pero después de conocer Europa, de viajar, de distraer mi mente, de intentar olvidar…

—¿Hace sola este viaje?

—Lo hacía con mis tíos —suspiró ella tristemente—. Pero ambos murieron a manos de ese horrible ser, el monstruo que obedecía a Vivian Talbot y era guiado por ella… Ahora, viajaré sola…

—Es curioso —sonreí—. Yo tenía una misión científica en los Sargazos. Ahora, esa misión se ha anulado desde el Almirantazgo. Prefieren que les relate con detalle los sucesos de estos días… Luego, creo que me conceden un par de semanas de permiso para distraerme y olvidar todo lo desagradable vivido últimamente. Yo…

yo también viajaré solo, Goldie.

—Si es casual —sonrió ella, mirándome.

—Si ambos estamos solos, Goldie, ¿por qué no me permite que le muestre Europa, que sea su guía y compañero por los países que recorra? Será una hermosa excursión para ambos…

—Oh, sí… —Sus ojos brillaron, felinos y sedosos—. ¿Por qué no? Sería maravilloso, si no fuera demasiado molesto para usted, Kirby…

—Por el contrario. Será magnífico hacer juntos ese viaje, Goldie. Sólo unos días en Londres, mientras despacho mis asuntos oficiales… y luego a viajar.

Parecía entusiasmada con la idea. Ya no se sentía tan sola. Yo tampoco.

Hicimos un bello viaje por Europa. Pero ella jamás regresó a los Estados Unidos. Se quedó en Londres. Y allí sigue.

Pero con su nuevo nombre de Goldie Kirby, esposa de Cameron Kirby, biólogo marino…

FIN



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario Imperio, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix. Su primera novela policíaca fue La muerte elige y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana). Los seudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester. Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*. Su extensa obra literaria como

escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera. Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como Alicia en el país de las maravillas, Robinson Crusoe, Miguel Strogoff o el clásico de Cervantes Don Quijote de la Mancha, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», La conjura y La clave de los Evangelios. En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico Yo, Curtis Garland publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz. Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada Las oscuras nostalgias. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.